

9851 *21 ano*

Miguel Sawa y Dionisio Pérez

SAFO



MADRID

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

Núñez de Balboa, 12

1906

13



ALBINO



INSTITUTO DE AUTORES ESPAÑOLES

Para el notable actor señor Llane.
Testimonio de afecto.

Miguel Savia

Dionisio Perez

SAFO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

SAFO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN PROSA

DE

ALFONSO DAUDET

arreglada á la escena española por

Miguel Sawa y Dionisio Pérez

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 10 de
Febrero de 1906



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DCP^o

Teléfono número 551

1906

Para la eminente actriz Rosario
Fino, que ha vivido en espíritu toda
la existencia aventurera de la gran
amadora Tafo.

Testimonio de admiración.

Miguel Sarwa.

Dionisio Pérez.

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

FANNY.....	SRA. PINO.
ALICIA DORÉ.....	SRTA. BREMÓN.
MADAME HETTEMA.....	SRA. LASHERAS.
DIVONNE.....	LAMADRID.
ROSARIO.....	CARO.
IRENE.....	SRTA. BLANCO.
FRANCINE.....	PÉEZ DE VARGAS.
DECHELETTE.....	SR. BORRÁS.
JUAN GAUSSIN.....	LLANO.
CESÁREO.....	MARTÍ.
CAUDAL.....	RAMÍREZ.
DE POTTER..	MENDIGUCHÍA.
LA BORDERIE.....	GONZÁLEZ.
MR. HETTEMA.....	RUIZ TATAY.
LEGRAND.....	GATUELLAS.
JOSÉ, niño.....	SRTA. NOVO.



APUNTADORES

1.º AMBROSIO P. LIQUIÑANA ❖ 2.º FRANCISCO PADROL



ACTO PRIMERO

Restaurant campestre en Ville d'Avray. Puerta al fondo que da acceso á los jardines, cuyos estanques aparecen visibles entre la arboleda. Mesas rústicas, algunas con servicio puesto. A la izquierda, uno de los llamados árboles «Robinsón», con un pabellón formado sobre las ramas y visible al espectador. A la derecha, un gran «chalet», cuyas ventanas abiertas permiten ver el interior de un gabinete reservado.

ESCENA PRIMERA

FRANCINE, después DECHELETTE y ALICIA DORÉ

(Al levantarse el telón, hay dos ó tres mesas ocupadas por otras tantas parejas. En el pabellón del árbol se ve á CAUDAL sentado á la mesa, de espaldas al público, con traje muy entallado y el pelo reluciente de pomada.)

- FRAN. (Con una bandeja en la mano llena de platos y vasos, dirigiéndose á una Señora y á un Caballero que están en pie.) Allá abajo, (Señalando al fondo.) los estanques y los bosques de Ville d'Avray. Por aquí (A la derecha.) el bosque de Marnes. (saludando.) Pásenlo ustedes bien, señores. ¡Y cuidado con perderse! (Rte.)
- VOZ (A la derecha del pabellón.) ¡Muchacha!
- FRAN. ¡Voy allá!
- OTRA (En el jardín.) ¡Francine!
- FRAN. ¡Ya va! (Mirando al fondo.) ¡Cuánta gente! Pues

- no es día de fiesta. (Deja la bandeja y se dirige á la derecha del pabellón. Entran por el fondo Dechelette y Alicia Doré.)
- DECH. ¿Quieres que almorcemos aquí? Me parece todo esto un poco rústico...
- ALICIA (Con dulzura.) Lo mismo me da. ¡Me gusta tanto el campo!
- FRAN. (Muy solícita.) ¿Desean los señores una mesa en el jardín?
- DECH. Mejor un gabinete. (Señalando el de la derecha.) Ese.
- FRAN. Está tomado. (Aparte.) (Van á venir mis otros parroquianos.)
- DECH. Pues bien, allí, en el árbol...
- FRAN. Está ocupado... Mire usted... (Señalando á Caoual que está de codos sobre la mesa, con la cabeza apoyada en las manos.)
- DECH. En ese caso, en el jardín. (A Alicia.) ¿Qué te parece?
- ALICIA Como usted quiera.
- FRAN. ¿Qué van á tomar los señores?
- DECH. Anda, haz el menú.
- ALICIA No; eso corre de cuenta de usted. Yo no sé nunca qué pedir. (Mientras Dechelette da instrucciones á Francine, Alicia mira á un lado y á otro entusiasmada.) ¿Qué vistas tan deliciosas! ¿Qué hermosos estanques! ¿Qué aguas tan transparentes! ¡Calla! ¡También hay gansos!
- DECH. (A Francine.) No olvides un poco de ajo en los tomates; soy del Mediodía. (Francine hace una reverencia y se va.)
- ALICIA Pues no se le conoce á usted en el acento.
- DECH. Lo he ido dejando por los caminos. ¡He corrido tanto!...
- ALICIA ¿Es usted acaso viajante de comercio?
- DECH. (Riendo.) ¡Algo parecido!
- ALICIA No me acostumbraría nunca al ejercicio de esa profesión. ¡Yo que amo tanto el reposo! ¿No podíamos ir á ver los gansos mientras preparan el almuerzo?
- DECH. Vamos. (Aparte.) (¿Por qué les gustarán tanto á las mujeres los gansos?) (Se va por la izquierda con Alicia. Se levanta la persiana del "chalet" y se asoma á la ventana Juan Gaussin y detras de él Fanny.)

ESCENA II

JUAN y FANNY en la ventana del «chalet», FRANCINE sirviendo á las mesas. CAUDAL en el pabellón del árbol

- JUAN (Llamando.) ¡Muchacha! ¡Muchacha!
- FRAN. ¡Va!
- JUAN ¡El café! ¡Pronto!
- FRAN. ¡Ya va! (Acercándose á la ventana.) ¡Caballero! ¡Chist! ¡Caballero! ¿Se va usted á marchar pronto?
- JUAN (Con asombro.) ¿Por qué lo preguntas?
- FRAN. Es que... diré á usted... Ese «chalet» está reservado para una reunión... Y si se quedan ustedes me costará un disgusto con el amo.
- FANNY Pues tomaremos el café en el jardín.
- FRAN. ¡Oh, señora! Voy á prepararles en seguida un velador. (Salen del «chalet» Juan y Fanny cogidos del brazo.) Vengan ustedes... aquí, en este sitio, donde da el sol.
- FANNY Bueno. (A Juan.) No seamos causa de que tenga un disgusto esta pobre muchacha. ¡Es tan simpática! Siempre está con la sonrisa en los labios.
- FRAN. (Sirviendo el café.) ¡Oh, es preciso! Hay que poner buena cara al mal tiempo y resignarse ya que no tengo la suerte de encontrar otra colocación más de mi agrado.
- FANNY ¿Cómo es eso?
- FRAN. ¡Oh, no hay nada más triste que estos lugares de esparcimiento! ¡Valiente público! Los que vienen acompañados de señoras se pasan la tarde hablando en voz baja y echando fuego por los ojos. Los que vienen solos son por lo general melancólicos. Miren ustedes, ahí tienen un ejemplar, en ese árbol (señalando á Caoudal.) ¡Pobre señor! ¡Qué cara de aburrido tiene! La verdad, yo no estoy á gusto en este sitio. Me sientan mal los aires del campo.
- FANNY ¿Y por qué no busca usted otra colocación?

- FRAN. No tengo tiempo... Estoy sola y he de atender á todo.
- VOCES (Tres á la vez, que parten de diferentes sitios.) ¡Francine! ¡Camarera! ¡Muchacha!
- FRAN. Ya lo ven ustedes... (Corriendo y gritando.) ¡Voy, voy, voy! (A Juan y á Fanny, señalándoles la mesa adosada al muro del «chalet».) Allí les he servido el café. Estarán ustedes como en su casa. (Vase corriendo.)

ESCENA III

FANNY y JUAN sentados á la mesa inmediata al «chalet», CAUDAL en el árbol, FRANCINE yendo y viniendo de un lado á otro. Fanny se inclina para tomar el café. Juan la abraza

- FANNY ¡Cuidado!
- JUAN ¿No nos ha dicho que estaríamos como en nuestra propia casa?
- FANNY Escucha: hoy hace un año que nos conocimos en el baile de Dechelette.
- JUAN ¡Un año! ¡Cómo pasa el tiempo!
- FANNY ¿Te acuerdas? Yo he conservado en la memoria hasta los menores detalles de aquella noche. El olor de los jazmines que perfumaba el sitio donde estábamos sentados; las parejas que pasaban arrastradas por el torbellino del vals; y nuestras primeras palabras, en voz baja, mientras tocaba la música. ¿Cómo se llama usted?—Juan.—¿Juan solamente?—Juan Gaussin. (Imitándole y riéndose.) Te aseguro que lo digiste así, con tu gracioso acento provenzal.—¿Qué edad tiene usted?—Veinticuatro años.—¿Es usted artista?—No, señora.—¡Ah, más vale así!» Y desde aquel momento hubiera querido apoderarme de tí y llevarte muy lejos, donde nadie te encontrase.
- JUAN Yo también me acuerdo... Salimos juntos del baile, y á las cuatro de la madrugada, nos encontrábamos delante de mi casa, en la calle Jacob.
- FANNY (Riendo.) Cuarto piso.

- JUAN «¿Quieres que te suba?» te pregunté. Tú me miraste compasiva y tiernamente. «Sí». Entonces te cogí en mis brazos, y te llevé hasta el primer piso de un tirón, sin cansar, alegre, entusiasmado.
- FANNY ¡Oh, qué gusto!
- JUAN El segundo tramo me pareció más largo. Tú te abandonabas, te hacías cada vez más pesada. Al ascender al tercer piso iba jadeante, mientras que tú, murmurabas á mi oído: «¡Qué bien voy, dueño mío!» En los últimos escalones todo daba vueltas á mi alrededor. No era ya una mujer lo que llevaba, sino un fardo pesado, horrible, que tenía ganas de soltar, de arrojar lejos de mí... «¿Ya?» digistes cuando llegamos arriba. Yo hubiera dicho: «¡Por fin!» si hubiera podido hablar... Sin alientos, con las manos sobre el pecho, que parecía próximo á estallar.
- FANNY Y desde aquel día vivimos juntos. Pero yo te quiero más mío, y por eso he tenido la idea de que nos viniésemos á vivir al campo. Los dos solos, en nuestra casita, perdidos para el mundo... Tengo miedo á París. Hay tanto envidioso de la dicha ajena...
- JUAN Yo creo que allí, (Señalando á la derecha.) nuestra felicidad estará á cubierto de todo ataque... En pleno bosque...
- FANNY ¡Ya verás! ¡Yo haré de jardinero! Soy muy fuerte.
- JUAN ¡Pero tú entiendes de todo! Se diría que has tenido diez existencias... (Con tristeza.) ¡Y yo no conozco ninguna!
- FANNY Para mí la vida empieza el día que te conocí. (Bruscamente.) De modo que está decidido, ¿nos instalamos en el campo?
- JUAN Sí.
- FANNY ¡Verás qué existencia más encantadora! Al salir de la oficina tomas el tren; iré á esperarte á la estación con un gran sombrero de paja y mi sombrilla japonesa. Vendremos dando un paseo por el bosque, por los caminos cubiertos de verde follaje, donde no llegan los rayos del sol... ¡Qué hermoso

es oír el canto de los pájaros y aspirar la brisa perfumada del estío que parece una caricia! (Juan la coge de la mano y la atrae hacia sí.) ¡Tengamos formalidad! ¿Vamos á casa de los Hettema?

JUAN ¡Ah! sí, nuestros antiguos vecinos... Te ruego que me dispenses de hacer esa visita.

FANNY ¿Por qué?

JUAN Me fastidia.

FANNY Madame Hettema nos ha dado noticias de esa casa, y ella nos buscará quien nos sirva.

VOCES (En el jardín.) ¡Camarera! ¡Camarera!

FRAN. ¡Voy! ¡Voy!

FANNY Quizá esta muchacha quisiera...

JUAN ¿Viven lejos los Hettema?

FANNY A dos pasos: en las orillas del estanque.

JUAN Prefiero esperarte aquí.

FANNY Pero, ¿por qué?

JUAN Ya comprenderás que en nuestra situación... Ellos son gentes á la buena de Dios... están casados... ¿Por qué te ries?

FANNY Por nada... Tienes razón. Iré yo sola. Pero te ruego que me acompañes hasta la casa. Ya no sé andar más que cogida de tu brazo. ¡Si supieras lo hermoso que es esto para la mujer que ama! ¡Ir del brazo! ¡Qué cosa más sencilla! ¿verdad? Pues, sin embargo, se siente una alegría, un orgullo... Es como una necesidad de enterar al mundo de nuestra dicha. Y dan ganas de gritar á la gente, que nos mira con envidia: «¡Probad á quitármelo!» (Juan, sonriente, ofrece el brazo á Fanny y ambos se marchan por la puerta del fondo.)

ESCENA IV

CAUDAL, DECHELETTE, ALICIA y FRANCINE

(Caudal que comía silenciosamente en el pabellón del árbol, se endereza, se vuelve y se retuerce sus bigotes engomados)

CAO. ¡Ah, que triste es estar solo! (Gritando.) ¡El postre, muchacha!

- FRAN. ¡Va, señor! (A Dechelette y á Alicia que vuelven de su paseo.) Los señores están servidos.
- CAO. (Mirando por entre las ramas al jardín.) ¡Qué veo!... Es él... con una mujer. (Gritando) ¡Dechelette!
- DECH. ¿Quién me llama?
- CAO. Yo, Caoudal, aquí arriba...
- DECH. ¡Ah! Voy allá. Ya le veo...
- CAO. ¿Desde cuando está usted en París?
- DECH. Desde ayer.
- CAO. ¿Y ya tiene usted compañía? ¡Diablo! No pierde usted el tiempo. (A Alicia, saludándola.) Tengo el honor, señorita... (A Dechelette.) Le envidio á usted. Estoy tan aburrido en mi árbcl...
- DECH. Baje usted á acompañarnos.
- CAO. Acepto. (A Francine.) Sírvame el café en la mesa de esos señores.
- ALICIA (A Dechelette.) ¡Estábamos tan á gusto solos!... ¿Quién es ese señor?
- DECH. Un hombre célebre. Un escultor famoso, condecorado y laureado... Un académico...
- ALICIA ¡Quién había de decirlo! ¡Tan calvo y tan raro!
- CAO. (Después de apretar la mano á Dechelette contempla extasiado á Alicia.) Esto es encantador... esto hace amable la vida. (A Francine que baja del árbol.) ¿Me permite usted? (A Alicia.)
- ALICIA Con mucho gusto, caballero.
- DECH. (A Caoudal, señalándole el plato que acaban de servirle.) Ahora empezamos.
- CAO. Yo ya he concluído.
- DECH. (A Alicia.) Sírvete. (A Caoudal.) ¿Viene usted aquí con frecuencia?
- CAO. No; esto ha sido un capricho... María se ha marchado: estoy viudo hace quince días. Su ausencia me proporcionó cierta tranquilidad al principio; pero hoy me aburría en el taller, no tenía ganas de trabajar, y he venido á almorzar aquí... Pero cuando está uno solo en todas partes está mal. ¡Qué horrible es llegar á viejo! (A Alicia.) ¿No es verdad, señorita?
- ALICIA (Sin dejar de comer.) Yo prefiero á los hombres

viejós... Son más buenos, más cariñosos que los jóvenes.

DECH. ¿Eso lo dices por mí?
ALICIA Yo no le tengo á usted por viejo. (Entra Juan Gaussin por la puerta del fondo.)

ESCENA V

DICHOS y JUAN GAUSSIN

DECH (Viendo á Juan.) ¡Calla! ¿Usted por aquí?
JUAN (Saludando.) Muy buenas, señor Dechelette... (Inclinándose ante Caoudal.) Señor Caoudal...
CAO. Bien venido, joven.
JUAN (Á Dechelette.) ¿Cuándo ha regresado usted?
DECH Ayer. ¿Cómo están allá en Chateaufeuf?
JUAN Perfectamente... Este invierno han estado mis tíos Cesáreo y Divonne.
DECH. ¿Quiere usted acompañarnos?...
JUAN Muchas gracias. Ya he almorzado.
DECH. (Á Juan, que se ha sentado.) Pero tome usted algo.
JUAN (A Francine.) Una copa de cognac.
DECH. ¿Piensa usted volver á Chateaufeuf? Iiá-mos juntos... Quiero terminar allí mis vacaciones, en mi vieja choza, si el viento *mistral* la ha respetado. (Continúan hablando en voz baja.)
CAO. (Á Alicia señalándole á Juan.) ¡Es un guapo mozo!
ALICIA Sí...
CAO. ¡Y pensar que yo he tenido esa edad, y que ahora siento el frío de los años helándome el cuerpo! ¡Oh, la juventud, la juventud!
DECH. (Sonriendo.) Usted siempre firme en su manía.
CAO. No se ría usted, querido. Todo lo que tengo, todo lo que soy, las medallas, las cruces, las palmas de la Academia, lo daría gustoso por esos cabellos negros y esa cara alegre. (Enciende un cigarro.)
DECH. (A Juan.) ¿Vive usted aquí?
JUAN Todavía no; pero proyecto alquilar una casa por estos sitios, en los bosques de Marnes.

CAO. ¡Supongo que no irá usted á habitarla solo!
DECH. ¿Y por qué no? Las compañías son siempre peligrosas... Se compromete uno y á lo mejor hay que separarse. Y esto cuando se tiene corazón es terrible.

CAO. Es cierto.

DECH. No hay más que un sistema, el mío: «nada de mañana.»

ALICIA (Con tristeza.) ¡Ah!

DECH. (Señalando á Alicia.) Le presento á usted á la señorita... ¡El diablo me lleve si me acuerdo de su nombre!

ALICIA Alicia Doré, caballero.

DECH. Pues bien; Alicia Doré y yo somos dos enamorados... sin mañana. Y ninguno de los dos llorará el día de la separación, ¿verdad, querida?

ALICIA (Suspirando.) Puesto que usted lo dice...

CAO. (A Juan.) No le haga usted caso, joven. Ame usted si el corazón se lo manda, aun á riesgo de padecer y de llorar. Amar es lo único bueno de la vida. Lo demás...

ALICIA (Aparte.) ¡Qué cosas más hermosas dicen los viejos! Nunca he oído hablar así del amor!

ESCENA VI

DICHOS, ROSARIO, DE POTTER, LA BORDERIE, FRANCINE

(Rosario entra por el fondo seguida de De Potter. A cierta distancia de ellos La Borderie. Rosario representa unos cuarenta y cinco años: es mujer de facciones duras, viste con lujo, pero ridículamente, y va cubierta de alhajas. De Potter lleva la capa de Rosario, la sombrilla y un perrito en los brazos. La Borderie luce una flor en el ojal de la solapa, y como avergonzado se desliza entre las mesas, procurando no mirar á lo gente ni ser visto.)

FRAN. (A Rosario respetuosamente.) Por aquí, señora; por aquí... La he reservado el gabinete del «chalet».

ROS. Bien, bien. (Con dureza á De Potter.) Dame á Bichito y vé á buscar el *necesser* á la lancha. ¡Te olvidas de todo!

- POTTER. (Entregándola el perro.) Voy en seguida, querida.
- BOR. (A De Potter.) Le acompaño á usted.
- ROS. (Abrazando al perro.) ¡Pobrecito mío... queridito de su ama!... Estás temblando.. ¿Te han pegado? ¡Es tan animal ese hombre! (Entra en el «chalet».)
- JUAN. (A Dechelette y á Caoudal.) ¿Quién es esa señora?
- CAO. (A Dechelette y señalando á Juan.) ¡No la conocel (A Juan.) Es Rosario Sánchez, Rosa por otro nombre, hija de españoles, pero nacida en Orán, antigua *ecuyer* del Hipódromo, hoy propietaria del palacio de Marnes y del músico De Potter.
- JUAN. (Estupefacto.) ¿De Potter? ¿El gran músico?
- CAO. El mismo.
- JUAN. Pues no tiene nada de hermosa.
- CAO. Nunca lo ha sido.
- JUAN. Tendrá talento.
- CAO. Tanto como una cotorra.
- JUAN. ¿Entonces á qué se debe?...
- CAO. A su sistema de llevar á los hombres como llevaba á los caballos en el circo .. ¡Hop!
- POTTER. (Pasando delante de ellos con el «necesser».) ¡Calla! ¡Caoudal! ¡Dechelette! ¿Cómo les va?
- ROS. (Gritando desde el «chalet».) ¡De Potter!
- POTTER. Voy, querida... (Confuso.) Les deajo... Hasta la vista... Un asunto urgente... (Se dirige apresuradamente al «chalet».)
- DECH. ¡Pobre muchacho!
- CAO. (Viendo á La Borderie.) ¡Ah, qué graciel La Borderie es también de la partida.
- JUAN. ¿El poeta? ¿El autor del *Libro del amor*?
- CAO. Espera... El cree que no le hemos visto. (Gritando.) ¡La Borderie!
- BOR. Perdonen ustedes... No había reparado...
- CAO. ¡Bribón! Confiesa que te escondías.
- BOR. ¿Por qué había de esconderme?
- CAO. La poesía debe amar á la juventud. (Señalando al «chalet».) Y esa señora...
- BOR. (Liando nerviosamente un cigarrillo.) Yo alterno con las personas de mi edad, querido; no soy como tú, que olvidas que eres un abuelo.

- CAO. (Ofendido, enderezándose.) ¿Yo?
BRO. Premiado en mil ochocientos cincuenta. ¡Es una fechal!
CAO. (A Alicia.) Le ruego á usted, señorita, que nos diga desapasionadamente cuál de los dos representa más edad.
DECH. (A Alicia.) No contestes. ¡Esa es una pregunta muy grave!
ALICIA (A media voz, á Dechelette, desmenuzando unas migas de pan.) ¿Me permite usted que vaya á echar pan á los gansos?
DECH. Sí, sí, anda, hija mía. (Alicia se va por la derecha.)
CAO. (Muy preocupado.) Premiado en mil ochocientos cincuenta... Cincuenta y cinco años... ¿Qué prueba eso? Mientras el corazón se conserve joven... ¡Demonio! Apelo á la señorita... (Volviéndose hacia el sitio donde estaba Alicia.) ¡Calla! No está... Me recreaba contemplándola, y ese bestia... Voy á buscarla... (Se va por la derecha.)

ESCENA VII

DICHOS, menos ALICIA y CAUDAL

- BOR. (En voz baja, á Dechelette, y mirando hacia el "chaleto".) ¡Si pudiera quedarme con ustedes! De Potter me ha traído á pasar el día con Rosa, pero empiezo á hartarme de oírles disputar.
ROS. (En el pabellón.) ¡Has hecho mal! ¡Por tu culpa me he calado los bajos del vestido!
POTTER Si no he tenido tiempo...
ROS. ¡Calla! ¡No me repliques! Ocupate de la comida de *Bichito*. Nada de fiambres, ¿sabes? Le hacen daño.
POTTER Voy en seguida... (De Potter sale en busca de Francine. Entre tanto Rosa, dentro del gabinete, cuyo interior se ve por las ventanas abiertas, arregla su tocado delante del espejo.)
JUAN Pero, ¿De Potter no es casado?

DECH. Sí; casado y con hijos. Y aún creo que su mujer es muy bonita, lo cual no le impide *alternar*.

BOR. (Encendiendo un cigarro.) Y ya ven ustedes cómo le trata.

JUAN ¿Son antiguas esas relaciones?

POTTER (Con frialdad, detrás de ellos.) De veinte años. (Movimiento en los oyentes.) Sí, hace veinte años que volviendo de Italia, después de tres años en Roma como pensionado, fui al Hipódromo una noche y la ví recorrer la pista, pasando ante mis ojos como una exhalación, con su casco y su cota de escamas doradas. ¡Ah, si entonces me hubieran dicho!... Aquellas relaciones sólo fueron motivo de broma en mi casa. Después la cosa se hizo más seria y se pensó en separarnos. Mi madre ensayó el sistema de los viajes. Y me escapé de París porque yo también conocía el peligro y quería esquivarlo. Pero volví y reanudé mis relaciones con Rosario. Pasado algún tiempo, y para curarme, consentí en casarme con una mujer que era la personificación de la gracia, de la juventud y de la belleza... Y tres meses después abandoné vergonzosamente mi nuevo hogar. ¡Qué locura querer convertirme en esposo y padre! Yo había nacido para ser amante de Rosario... El vicio que se apodera de uno en la juventud, le sujeta de tal modo, que no hay medio de sacudir su yugo. (A Juan.) Sépalo usted, joven. (Se dirige al 'chalet'.)

ESCENA VIII

LOS MISMOS, menos DE POTTER; poco después CAUDAL
y ALICIA

JUAN ¡Es terrible!

DECH. Conozco á un pobre diablo á quien uno de esos amores le ha hundido aún más bajo que á De Potter.

- CAO. (Que acaba de llegar en compañía de Alicia.) ¿Flamant?
- DECH. El mismo. Ya sabe usted que tengo el propósito de elevar una moción al ministro de Justicia para que se le rebaje una parte de la pena.
- JUAN ¿Quién es ese Flamant?
- DECH. Un grabador á quien conocimos en nuestra época de estudiantes. Enamorado locamente de una mujer, se hizo falsificador de billetes de Banco para sostenerla en su lujo y que no le abandonase.
- BOR. (A Dechelette.) Le advierto á usted, querido, que no firmaré esa solicitud. No quiero tener solidaridad ninguna con ese canalla.
- CAO. (Con ímpetu.) ¡Y yo la firmaré cien veces si es preciso!
- DECH. (Nervioso.) Creo que cinco años de prisión, su nombre deshonrado, su vida deshecha, son bastante castigo para un momento de pasión y de locura.
- ALICIA (Detrás de Dechelette, poniéndole las manos en los hombros.) ¡Es usted un espíritu generoso! ¡Le quiero á usted de veras!
- DECH. (Aparte.) ¡Pobre muchacha! (Se ve á Francine llegar al «chalet» con los primeros platos del almuerzo.)
- ROS. (Desde el «chalet».) ¿Y La Borderie? (Gritando.) ¡Eh, poeta!
- CAO. (A La Borderie, con ironía.) ¿Oyes? Te llama... ¡Hombre feliz! (Estrechando la mano de La Borderie, que se va de mala gana.) ¡Valor, amigo mío, valor!
- BOR. Señores... (Despidiéndose.)
- ROS. ¡Ah! por fin vamos á almorzar. De Potter, baja las persianas; esta luz me hace daño á la vista. (De Potter baja las persianas.)
- FRAN. (Que sale del «chalet» riéndose.) Baja las persianas, De Potter. (Imitando el modo de hablar de Rosario.)

ESCENA IX

JUAN, DECHELETTE, CAOUDAL y ALICIA en las mesas del jardín;
LA BORDERIE, DE POTTER y ROSARIO en el «chalet»

DECH. A propósito de Flamant, ¿qué ha sido de su querida?

CAO. ¿De Safo? No sé nada. No la he vuelto á ver desde el baile que dió usted el año pasado. (Dirigiéndose á Juan Gaussin.) Pero este joven podrá darnos alguna noticia.

JUAN ¿Yo?

CAO. Sí, no hace muchos días que le he visto á usted con ella comiendo en casa de Langlois.

JUAN ¿Yo... con Safo?

CAO. Sí, con Safo, ó con Fanny Legrand, como quiera usted llamarla.

JUAN (Muy turbado.) ¿Safo?... ¿Fanny Legrand?

CAO. Dura todavía el lío, ¿eh?

JUAN (Con viveza, muy emocionado.) ¡No! ¡no! Concluyó hace mucho tiempo.

CAO. ¡Ah, hermosa muchacha! (A Dechelette.) Estaba soberbia con su túnica egipcia, en el baile que dió usted. Pero cuando había que verla era á los dieciocho años, cuando me sirvió de modelo para mi estatua. Alta, delgada, pulida la frente, la boca arqueada... los ojos llenos de llamas... Brazos y hombros un poco delgados aún... ¡Ah, es de esas mujeres que no se olvidan nunca! ¡Toda la liral como decía La Borderie. (Suspirando.)

JUAN (Muy turbado.) ¡Cómo! ¿También La Borderie?

CAO. Me ha hecho sufrir mucho... En los dos años que duraron nuestros amores, me arruiné por satisfacer sus caprichos. Profesores de piano, de canto, de equitación... ¡qué sé yo! Y cuando la había pulimentado, cincelado, tallado en piedra fina, el belitre de La Borderie me la arrebató de mi misma casa, de la mesa amiga donde se sentaba convidado todos los domingos.

- DECH. Siempre guarda usted en su corazón ese antiguo rencor.
- CAO. ¡Siempre!... Pero no le sirvió de nada su villanía... ¡Qué infierno! Siempre que se iba á su casa, se le veía con la cara llena de arañazos y á ella con un ojo vendado. Pero lo mejor fué cuando él quiso romper aquellos lazos. Ella le acosaba, le seguía á todas partes, se agarraba á él como una hiedra. Y como testimonio de gratitud á aquella linda muchacha que le había consagrado lo mejor de su juventud y de su hermosura, le dedicó un volumen de versos impregnados de odio, llenos de lamentos y de imprecaciones. *El libro del amor*, su mejor obra, por cierto. (Juan escucha inmóvil, con la cabeza baja.)
- DECH. (Con acento de piedad.) ¡Qué cosa tan atroz son estos rompimientos! Se vive juntos durante años; en la vida común adquieren uno del otro, maneras, costumbres, lenguaje... Después, la separación brusca... ¡No sé cómo se tiene valor para eso!
- ALICIA ¡Es verdad!
- DECH. Yo no podría hacerle... Engañado, ultrajado, puesto en ridículo, si una mujer me digera llorando «¡No te vayas!» me quedaría. Por eso mi divisa para el amor es esta: «nada de mañana».
- ALICIA ¡Cruel!
- CAO. Habla usted muy ligeramente, querido. Hay mujeres... Safo, por ejemplo. Cuando ama, sabe imponerse.
- JUAN (Aparte.) ¡Sí, sí, es ella; es la misma!
- CAO. Por lo demás, la pobre no tiene gran fortuna en sus conquistas. Después de La Borderie, Flamant, el grabador, el antiguo modelo. Porque ella ha tenido siempre locura por el talento ó por la belleza.
- JUAN (Esforzándose por aparecer tranquilo.) ¿Ese Flamant de que hablaban ustedes hace poco?...
- CAO. Sí... el falsificador de billetes. Fué condenado á diez años, y Safo, reconocida su inocencia, sólo sufrió seis meses de prisión preventiva. ¿Se acuerda usted, Dechelette,

qué hermosa estaba con su gorro de reclusa?

DECH. Sí; parece que la estoy viendo, enviándole besos por entre los tricornios de los gendarmes, y gritando con acento capaz de enternecer á las piedras: «¡No temas, dueño mío, vendrán días mejores y seguiremos amándonos!»

JUAN (Aparte, en voz baja.) (¡Dueño mío! ¡Dueño mío!)
CAO. Después, cobró horror á los artistas y ha pasado mucho tiempo sin oírse hablar de ella. Yo había perdido su pista, cuando la encontré en casa de usted, con este guapo muchacho. Entonces dije: «Safo se ha reenganchado.» Pero ya veo que este nuevo amor ha sido pasajero. Quizá haya vuelto á casa de su padre, el cochero Legrand. ¡Pobre muchacha!

JUAN (Furioso, tirando su copa de cognac al suelo y levantándose.) ¡Aquí le dan á uno á beber veneno!
CAO. Pero, ¡qué le sucede á usted! ¿Ha perdido usted el juicio?

DECH. ¿Qué tiene usted, Gaussin?

JUAN 'Tengo... tengo... Que les he engañado... que esa mujer de que hablaban ustedes vive conmigo hace un año. Yo no sabía nada...
¡Safo!... ¡Safo! ¡Ah, cómo me voy á vengar!
CAO. Calma, joven, calma. Quizá he procedido con demasiada ligereza hablando en presencia de usted. Pero todo eso pertenece al pasado.

JUAN ¡Dueño mío! ¡Dueño mío! ¡El mismo epíteto, iguales caricias que tenía para ese miserable Flamant!

CAO. Pero vamos á cuentas, ¿tiene usted que echarle en cara alguna infidelidad? Si ignoraba su vida, es porque no habrá usted querido hacer los averiguaciones correspondientes en estos casos... Me parece que es usted demasiado severo, joven.

DECH. Ahí va mi consejo. Si ahora que acaba usted de conocer la historia de su amante no rompe los lazos que le ligan á ella no los romperá nunca. Estas cosas ó matan el

amor ó lo aumentan. (A Caoudal.) Si Gaussin quiere marcharse, dejémosle ir. No tendrá mejor ocasión de escapar que esta. La vida que le espera con Safo, es igual que la de De Potter con Rosa. (Se oyen voces en el interior del pabellón.) Oigan ustedes, oigan ustedes lo que pasa allá dentro.

POTTER (Que sale del pabellón con el sombrero puesto y agitando el bastón.) ¡No puedo más! ¡No puedo más! ¡Esto ha concluído!

ROS. (Asomándose á la puerta del chalet.) ¡Anda á casa de tu mujer!

POTTER ¡A casa de mi mujer!

BOR. (Deteniéndole.) ¡Vamos, hombre!

POTTER ¡Me voy! ¡Me voy! (Vase precipitadamente por el fondo.)

CAO. Esa es una falsa retirada.

DECH. No se puede ir... Es demasiado tarde. (A Juan.) Para usted, joven, aún es tiempo.

JUAN Sí, sí, tiene usted razón. . Todo ha concluído entre los dos... No quiero verla más.. Cuando vuelva aquí, no me encontrará. Adiós, Dechelette.

CAO. ¿No me guarda usted rencor?

JUAN Al contrario, le estoy muy agradecido. (Saluda y vase muy agitado por el fondo.)

ESCENA X

DECHELETTE, CAUDAL, ALICIA, ROSARIO, LA BORDERIE,
FRANCINE, después DE POTTER

BOR. Vamos, Rosa, vamos.

ROS. Déjeme usted... Déjeme usted.

BOR. ¡Qué día!

ROS. (Abrazando á Bichito.) Querido mío... No tengo á nadie más que á tí en el mundo... Abraza á tu amita.

BOR. (A Rosa que se ha sentado.) Ya volverá... Ya volverá.

ROS. (Cambiano de tono.) No crea usted que lo dudo... Mírele usted... Ahí viene... No ha ido muy lejos... (De Potter, sin decir palabra, va

- á sentarse, muy serio, al lado de Rosario, con el sombrero puesto y el bastón entre las piernas.)
- DECH. (Que ha seguido los movimientos de De Potter.) Decididamente, no hay sistema como el mío. (Gritando.) ¡La cuenta!
- CAO. ¿Se marcha usted?
- DECH. Es la hora del tren.
- ALICIA ¿Ya?
- DECH. Sí... esto se acabó. ¡Se cierra el despacho!
- ALICIA (Con timidez.) Sea usted galante.. Termine-
mos el día juntos. ¡Es usted tan bueno!...
No he sido nunca tan feliz como hoy.
- DECH. (Dudando.) Pero... es que eso es contrario á
mis principios.
- CAO. Sí, hombre, dice bien la muchacha: yo me
iré también con ustedes: necesito distraer-
me. Iremos al bosque, después á cenar á
Saint Cloud... Regresaremos en la barca.
- ALICIA ¡Ah, sí, en la barca, qué gusto! (Entra Fanny
con un gran ramo de flores, y va á sentarse á la mesa
donde había tomado café con Juan Gaussin.)

ESCENA XI

DICHOS y FANNY

- FANNY ¡No está! ¿Qué es esto?
- CAO. (Viendo á Fanny.) ¡Calla! ¡Safo!
- FANNY ¡Caoudal!
- BOR. ¡Dichosos ojos, Safo!
- FANNY ¡La Borderie!
- CAO. ¡Cómo! ¿No conoces ya á tus amigos?
- FANNY Buenas tardes. (Aparte.) ¿Le habrán visto?
¿Habrán hablado con él?
- CAO ¿Qué te trae por aquí?
- FANNY Nada... he venido á pasearme.
- BOR. ¿Sola?
- FANNY Sí, sola... Ya lo ves.
- CAO. Como yo. La nostalgia te habrá impulsado
a visitar estos hermosos sitios. ¡Hay tantos
recuerdos enterrados en estos bosques!
- FANNY Caoudal, escucha... No, no, nada, gracias.

(Aparte.) Me quieren mal y ninguno me diría la verdad.

DECH. Es verdaderamente deliciosa esta Safo. No la había vuelto á ver desde la noche en que dí el baile, y la encuentro rejuvenecida... Lo menos diez años más joven.

BOR. Se gana juventud frecuentando el trato de los jóvenes.

CAO. (A Fanny.) Cualquiera diría que has perdido algo y vienes á buscarlo.

ALICIA Debíamos decirla que su compañero se ha marchado.

CAO. Dejémosla en la incertidumbre. Que aprenda á sufrir.

FANNY (A Francine.) ¿Pero ha dicho si iba á volver?

FRAN. No, señora. Ha pagado la cuenta y se ha dirigido á la estación apresuradamente, como si temiera perder el tren.

FANNY ¿Y no ha dejado ningún recado para mí?

FRAN. Nada... Sin embargo, puede ser que á estos señores...

FANNY ¡Ah! ¿Ha hablado con ellos?

FRAN. Han estado de conversación todos. Por cierto que él tenía cara de muy mal humor.

FANNY ¡Ya comprendo! ¡Ah, miserables!...

CAO. ¿A quién te diriges?

FANNY A todos vosotros, y demasiado sabéis por qué. Teníais envidia de mi felicidad y habéis querido robármela abriéndole los ojos á ese joven, contándole mi historia, revelándole mi nombre de guerra, Safo, un nombre manchado, escrito en todos los espejos de los *restaurants*... ¡No mintáis! ¡Se lo habéis dicho todo!

CAO. Te juro, hija mía, que yo ignoraba...

FANNY (Colérica.) Te has vengado así de que yo te abandonase en otro tiempo... ¡viejo verde!

BOR. (A Caoudal.) ¡Vuelve por otra!

FANNY (A La Borderie.) Y tú, víbora, ¿no me habías hecho ya bastante daño? ¿No sabías qué hacer de tu veneno de poetaastro? *El libro del amor*, tres cincuenta el volumen. ¡He ahí al autor! (Con tono despreciativo.)

ROS. (A La Borderie.) ¡Está usted servido!

- FANNY Lo mismo que ésta... (Señalando á Rosario.)
ROS. ¿Yo?
FANNY Envidiosa de todo lo que es joven, de todo lo hermoso, de todo lo que ella no ha gozado nunca...
- ROS. ¡Si yo no he dicho nada!...
FANNY Tú y los demás, todos habéis hablado... le habéis hecho huir... ¡Este amor que era mi vida, que yo guardaba como un tesoro en el fondo de mi corazón! ¡Ah, miserables!... (Se deja caer sobre una silla.)
- ROS. Vaya, vamos... El volverá... Y además, todavía eres joven...
- FANNY ¡Es que le amo con toda mi alma!
CAO. ¡Esta Safo es siempre la misma!
FANNY Te equivocas... ¡Yo ya no quiero amar más! Juro que...
- CAO. (Señalándole á Juan que entra por el fondo.) No jures, y mira.
- FANNY (Arrojándose en brazos de Juan.) ¡Ah, dueño mío!
CAO. ¡Ya cayó!
BOR. Es la historia de siempre.
POTTER La mía.
DECH. Y como siempre, el ejemplo de los otros no ha servido de nada. ¡Nadie escarmienta en cabeza ajena!

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Interior de la casa de Juan Gaussin y de Fanny Legrand en los bosques de Marnes. A la derecha una gran chimenea. Muebles de la habitación: un armario antiguo, una mesa de despacho, un diván y varias sillas. Puerta vidriera al fondo: ventanas á los lados. Por la puerta del fondo se ve la gradería que da acceso á la casa desde el jardín y un muro de poca altura que la separa del bosque. Puerta á la izquierda que conduce á la habitación de Fanny.

ESCENA PRIMERA

FANNY, JUAN, el niño JOSÉ y FRANCINE

(Fanny en traje de campo, Juan con sombrero de paja. Al levantarse el telón está tendido en el diván, teniendo en la mano un libro cerrado. José, aporrea el piano cantando esta tonadilla:

«Vamos, cazador, sal pronto al campo.»

Fanny ante una gran cesta llena de provisiones, hablando con Francine.)

FANNY ¿Lo has colocado todo en la cesta?
FRAN. Creo que no se ha olvidado nada.
FANNY Las cañas de pescar están aquí... ¿Y la caja
 de los anzuelos?
FRAN. Ahí, sobre la mesa.
FANNY ¡Ah, sí! (La coge y la guarda en la cesta.) Y bien,

- Francine, no dirás que tu nuevo cargo es penoso. (Sonriéndose.)
- FRAN. ¡Ya lo creo! Ahora descanso por lo mucho que he trabajado antes.
- FANNY De modo que esta vida te parece más agradable que la otra.
- FRAN. ¡Ah, si la señora fuese sola!... Pero el señor tiene un genio...
- FANNY (Después de cerrar la cesta.) Bueno, bueno... Colócala en la galería. (Dándole la cesta. Francine se va por la puerta del fondo. Fanny se coloca delante de Juan, inclinándose hacia él.) ¿En qué estás pensando?
- JUAN ¿Yo?... En nada.
- FANNY Me disgusta verte preocupado. (Soplándole en la frente.) ¡Ea! ya se fué la preocupación que tenías ahí dentro. (Se dirige hacia el fondo.)
- JUAN (Llamando.) ¡José! (El niño deja de tocar el piano y se vuelve hacia Juan contrariado é impaciente.) ¡José! ¡Ven aquí!
- FANNY (Con dulzura á José.) Anda, que te llama.
- JOSÉ (Aparte á Fanny.) Me va á regañar... Siempre me está riñendo.
- FANNY Ven conmigo.
- JOSÉ Contigo, sí. (Fanny le lleva de la mano al lado de Juan.)
- FANNY Es muy guapo nuestro ahijado, ¿verdad? No hace más de un mes que vive en nuestra compañía y ya le queremos como á un hijo. ¿Te gusta el traje que le he comprado? Veinticinco francos. No es caro, ¿verdad?
- JUAN (A José, señalándole los bolsillos, que parecen muy abultados.) ¿Qué llevas ahí?
- JOSÉ Nada...
- FANNY (Riendo.) Pues ahí tienes algo...
- JUAN (Registrándole y sacándole lo que lleva en los bolsillos.) Dos patatas, una zanahoria, chirivías...
- JOSÉ ¡Son para mí!
- JUAN Has andado de merodeo, ¿eh? ¿Sabes cómo se llama eso de apoderarse de lo ajeno? Vamos, contesta.
- JOSÉ ¡Hacer la recolección!
- FANNY (Soltando una carcajada.) ¡Tiene gracia!
- JUAN ¡Ah, sí, mucha! Pues mira, eso se llama *robar*.

- JOSÉ ¿Robar? No sé qué es eso.
- JUAN ¡Ya te lo enseñarán los gendarmes!
- JOSÉ (Sonriendo.) ¿Los gendarmes? Yo corro más que sus caballos.
- FANNY Vamos, déjalo, hombre. Se ha criado en el fondo del bosque, en un monte de carbono. Ya lo educaremos poco á poco. Anda, bésale.
- JOSÉ (Echándose en brazos de Fanny.) Te quiero más á tí, chachita.
- FANNY (Poniendo á José en los brazos de Juan.) ¿Quién resiste estos cariños?
- JUAN (Pensativo, mirando con atención al niño.) ¿A quién te pareces? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?
- JOSÉ (Después de una pausa y apartándolo de sí.) ¡Vete! ¿Y mi recolección? ¡Es mía! (se dirige de nuevo al piano.)
- FANNY (Liando un cigarrillo) ¿Qué hora es? (Mirando á un reloj que estará colocado sobre una rinconera.) Las dos. No tardarán en venir los Hetteima.
- JUAN ¡Ah! pero, ¿van á venir?
- FANNY Pues claro. Hemos organizado una gran partida de pesca en el estanque. ¿Es que te disgusta su compañía?
- JUAN No.
- FANNY (Acercándosele) Son buena gente... Y con alguien ha de tratarse una.
- JUAN Es verdad, pero...
- FANNY ¿Qué?
- JUAN Me disgusta que crean que estamos casados como ellos y sería conveniente decirles la verdad.
- FANNY (Riendo y poniéndole la mano en la cabeza.) Querido, tienes unas simplezas... Demasiado saben que no somos casados. ¡Y bastante les importa eso!
- JUAN ¿Cómo! ¿Es que ellos tampoco lo están?
- FANNY Sí, tienen encima todas las bendiciones... Y no puede encontrarse una pareja más igual. Madame Hetteima es una de las glorias del Barrio Latino de hace veinte años. Sí, querido; en las más lejanas provincias, generaciones enteras de abogados, de notarios, se hacen todavía lenguas de nuestra amiga.

- JUAN De modo que esta madame Hettema tan romántica, para quien las novelas no son nunca bastante sentimentales, ni las palabras bastante cultas, ha sido...
- FANNY Justo.
- JUAN ¡Y él, su marido, tan tranquilo, tan satisfecho de su ventura!
- FANNY No, no siente celos por el pasado... no es como tú... él no se avergüenza de nada.
- JUAN (Con tono sombrío.) ¡Ah! ¿No? (Dirigiéndose á José que continúa jugueteando en el piano.) ¡Cállate! ¡Es insoportable este pillete con su canturreo!
- FANNY José, vete á jugar al jardín.
- JOSÉ Sí, chachita. (Se va después de recoger las 'provisiones' que le había sacado Juan de los bolsillos.)

ESCENA II

FANNY y JUAN

- FANNY Eres demasiado severo con ese pobre niño. No le quieres, ¿verdad?
- JUAN (Levantándose bruscamente.) Pues bien, no, no le quiero. Despierta en mí sospechas...
- FANNY ¿Qué sospechas?
- JUAN No ha conocido á su madre... y hay momentos en que me figuro...
- FANNY Que soy yo, ¿verdad? Te lo hubiera dicho. Sabes que no me gusta mentir. ¡Dios mío, qué ganas de atormentarse inútilmente!
- JUAN Ha sido una cosa tan extraña esta adopción...
- FANNY Ya sabes las circunstancias en que le recogimos: te he recordado veinte veces la historia. Se criaba en Morván, en casa de su abuela. Murió ésta. Los vecinos quisieron llevarlo á casa de sus padres. Pero no se les pudo encontrar. La madre había muerto; el padre había desaparecido, se había marchado no se sabía donde. El pobre niño se quedaba en medio de la calle, sin pan y sin abrigo. Yo te pregunté: ¿quieres que nos lo llevemos con nosotros? Consentiste, y ahora...

- JUAN Es que ese niño va á ser para tí una carga y una complicación en el porvenir. ¿Qué vas á hacer con él cuando yo me vaya?
- FANNY Te equivocas, Juan. Ese pobre niño será un compañero de mi soledad, con quien podré hablar de tí; algo que me ligará á la vida, si es que la conservo después de perderte. El me convertirá en madre, y yo haré de él un hombre. Le enseñaré á conocer la vida, á no mentir nunca, y á huir del amor, á menos que no encuentre una Fanny como yo (Sonriendo.) si para entonces queda alguna en el mundo. ¿Vas á estar siempre haciéndome sufrir con tus celos? No pienses más en eso, te lo ruego, (Inclinándose hacia él.) puesto que todo ha muerto en el mundo para mí, y á tí sólo te amo.
- JUAN (Cogiéndole las manos y mirándola fijamente.) Si como dices ha muerto para tí el pasado, ¿por qué guardas sus recuerdos tan cuidadosamente, (Movimiento de Fanny.) como si fueran un tesoro? Sí, allí... en el armario.
- FANNY ¡Ah! ¿Tú sabes?
- JUAN Esas cartas, esos retratos...
- FANNY (Después de vacilar un rato, con resolución.) ¿No dudarás más de mí si los quemo en tu presencia?
- JUAN ¡Te desafío á que lo hagas! ¡Pero no te atreverás!
- FANNY ¿Me desafías? Pues mira... (Abre el armario y saca de él un cofrecito que presenta á Juan.) ¡Toma! Todo lo que hay en él es tuyo. ¡Rómpelo, quémallo, destrúyelo! (Juan vacila, sin atreverse á coger el cofre. Fanny se dirige con él á la chimenea.)
- JUAN No... espera... (Con cierto embarazo.) Quisiera leer esas cartas...
- FANNY ¿Para qué? Vas á sufrir...
- JUAN ¡Por mucho que sufra no será tanto como cuando veo á quienes las han escrito! No sabes la ira que se apodera de mí, los deseos que me asaltan de extrangularlos en pleno día y en medio de la calle.
- FANNY ¡Desgraciado!
- JUAN Sí... sufro mucho. Pero, ¿qué le voy á hacer?

No puedo dominarme. Si yo te dijese... En tus frases, en tus gestos, encuentro algo de esos hombres... Cuando hablas de arte, de escultura, me parece oír á Caoudal; cuando fumas, fatalmente me acuerdo de La Borderie con su eterno cigarrillo...

FANNY

Vamos, Juan, sé razonable.

JUAN

Déjame, quiero leer esas cartas... (Coge el cofrecillo de manos de Fanny y comienza á leer una de las cartas. Con ironía desgarradora.) ¡Oh! ¡Qué pasión! ¿Quién es éste?... ¡Ah! el poeta... Aquí están sus versos:

«¡Para animar el mármol soberbio de tu
[cuerpo,
¡oh, Safo! dí la sangre caliente de mis ve-
[nas!...»

FANNY

(Cambiando de tono.) ¡Bah! ¡Un declamador!
(Cogiéndole la mano.) Tienes razón... Todo eso no es más que vana palabrería.

JUAN

Entonces... ¿por qué? ¿por qué?

FANNY

Yo era entonces tan joven... tan ignorante del mundo...

JUAN

Pero, vamos á ver, ¿con qué objeto guardas estas cartas?

FANNY

No lo sé... Quizá por la firma.

JUAN

¡Ya! Todas son de artistas conocidos, de hombres célebres. Querías tener una colección de autógrafos... (Sacando otra carta del cofre.) ¡Ah! Ahora viene Caoudal, tu padrino, el que te impuso el nombre de Safo... ¡Un precioso regalo! ¡Safo! Un nombre que después de haber rodado á través de los siglos como símbolo de inmundas leyendas, ha venido á caer sobre tu cabeza... Bien lo sabes, su estatua de Safo es una vergüenza para tí. (sigue leyendo tembloroso y dando después un gran suspiro.) «Te amo como no he amado á ninguna mujer...» ¿Pero qué les dabas á esos hombres para apasionarlos de tal manera?

FANNY

Acaba... Te lo suplico...

JUAN

¡Ah! ¡Ah! Un retrato... ¿Quién es éste?... Jo-

ven, apuesto... Flamant, el falsificador, ¿verdad? No me cabe duda. Y aquí están sus cartas.

FAN ¡No las leas! ¡No las leas!

JUAN Déjame... (Leyendo en voz alta.) «¡Oh, qué buena has sido viniendo á visitarme, Fanny mía! ¡Qué hermosa estabas! ¡Y qué vergüenza me daba de que me vieras vestido con mi traje de presidiario!» ¡Pero esta carta está escrita hace muy poco tiempo! ¿Es decir, que continuas viéndole?

FANNY De tarde en tarde... por caridad...

JUAN ¿Aún después de conocernos?

FANNY Sí, una vez, una sola... en el locutorio... No se les puede ver más que allí...

JUAN (Con ironía.) ¡Ah, eres una buena muchacha! Pero ahora que caigo, este Flamant no es hombre célebre. ¿Has conservado también sus cartas por la firma?

FANNY No me hagas sufrir más... Trae, trae... (Le arrebató la carta y la arroja al fuego.)

JUAN (Alargándole el retrato.) ¿Y el retrato?

FANNY (Suplicante.) ¿El retrato también?

JUAN ¡Tú sigues amándole!

FANNY No, puesto que te amo á tí... Pero este desgraciado me ha dado más que la vida, me ha hecho el sacrificio de su honor; este desgraciado me ha amado hasta la locura, hasta el crimen... ¡Me parece que si destruyese su retrato cometería una villanía!

JUAN Guárdalo entonces...

FANNY (Febrilmente.) ¡Sea! (Rasga el retrato y arroja los pedazos al fuego, así como las demás cartas que guardaba en el cofrecillo.) Y ahora... ¿volverás á atormentarme con tus celos?

JUAN ¡Ya nunca! Estos recuerdos, que guardabas tan cuidadosamente, eran los que me hacían daño. Verte en París, revolviendo todo el día el cofrecillo, leyendo las cartas...

FANNY Ya no hay en mi corazón más que tú... De ese vil pasado no quedan más que cenizas.

JUAN Sí, te creo... Ya estoy curado... ¡Te amo! (se abrazan.)

ESCENA III

DICHOS y FRANCINE

FRAN. ¡Señora!
FANNY ¿Qué quieres? (Francine la hace señas.) ¡Habla!
FRAN. Está ahí.
FANNY ¡Ah! (Bruscamente) Bien... Ya voy. (Vase Francine.)

ESCENA IV

FANNY y JUAN

JUAN ¿Quién es? ¿Adónde vas?
FANNY Ten calma... no es nada... ya te diré.
JUAN ¡No! ¡No! Quiero saberlo al momento.
FANNY ¿Comenzamos?... ¿Ves como no estás curado? ¿Qué mal pensamiento te asalta ahora? Es mi padre que ha venido á verme.
JUAN ¿Tu padre?
FANNY Sí, mi padre, el cochero... No he podido evitar su visita.
JUAN ¿Dónde está?
FANNY En el jardín.
JUAN Voy á verle.
FANNY ¿No quieres que entre?
JUAN Pero...
FANNY No temas: no se cortará.
JUAN Al contrario, seré yo quien...
FANNY ¿Por qué?
JUAN (Aparte con amargura.) Tiene razón, ¿por qué? El cochero Legrand forma parte de la familia... (A Fanny.) Vé á buscarle.
FANNY ¡Qué bueno eres! ¡Te adoro! (Llamando.) ¡Papá! ¡Papá!

ESCENA V

LOS DICHOS, LEGRAND, después FRANCINE

(Entra Legrand con vieja levita de cochero, con botones de metal y llevando majestuosamente el látigo.)

LEG. (A Fanny.) Buenas tardes; ¿cómo va por aquí?

FANNY (Abrazando á su padre.) Bien, ¿y tú?

LEG. Yo, á Dios gracias, no del todo mal. Tengo los huesos duros. Y lo que vale más: una buena vara y una buena tralla. El negocio es el que se resiente... Si necesitas un coche por meses eso me vendría de perilla. (Fanny va á cogerle el látigo.) No, no, deja; tú no sabes cogerlo. (Coloca el látigo con aire solemne y cuidadosamente en un rincón.)

FANNY (A Juan.) Dile algo.

JUAN Bien quisiera... pero no encuentro palabras. (Se oye una corneta de caza.)

FRAN. Señora, ahí están los Hettema... ¡Lo que vamos á divertirnos! Así, gente alegre es la que á mí me gusta. (Aparece por el fondo el matrimonio Hettema. El marido con barba muy espesa que le cubre toda la cara. Llevan gigantescos sombreros de paja, y van provistos de todos los arreos de pescar. Madame Hettema ostenta un enorme cuerno de caza colgado á la cintura.)

ESCENA VI

LOS DICHOS, MR. y MAD. HETTEMA, después JOSÉ

(Madame Hettema, seguida de su marido, entra cantando.)

«Pláceme oír los remos
que de noche azotan las olas;
pláceme el cierzo que brama...»

(Interrumpiéndose.) Buenas tardes, niños.

- FANNY (Señalando á Legrand.) Mi padre.
LEG. Muy buenos. ¿Qué tal va?
MAD. HET. Bien, ¿y usted?
LEG. ¡Oh, yo!... Siempre bien... Con buen látigo, como yo digo.
MAD. HET. Por lo que veo están ustedes en familia.
JUAN (Algo turbado.) Sí... en familia... efectivamente...
MAD. HET. Nos hemos retrasado porque hemos tenido que regar el jardín.
HET. ¡Oh, el riego! No hay cosa igual. Yo he dado treinta y dos á las judías.
MAD. HET. Y yo catorce á las balsaminas.
FANNY Vámonos. Todo está listo. Papá, ¿vienes con nosotros? Nos ayudarás á llevar las cestas.
LEG. Vamos allá.
JUAN ¡Ah, también viene la criada!... ¡Toda la casa!
LEG. (A su hija.) Oye, Niní, ¿ya tienes un mocoso? (Señalando á José.) Estarás contenta, con tantas ganas como tenías...
FANNY Este niño no es nuestro. Es toda una novela... ya te la contaré... ¡Vaya, en marcha todos!
MAD. HET. (Deteniendo á Fanny y á Juan.) Escuchen ustedes, hijos míos: ante todo vamos á convenir una cosa: ¡nada de riñas ni discusiones! Es inútil recordar el pasado: cada cual tiene el suyo, y el más puro de los mortales no puede alabarse de no haber cometido alguna vez tal ó cual peccadillo.
FANNY (Interrumpiéndole gozosa.) Esté usted tranquila. Ya eso ha concluído, ¿verdad, Juan? Ya no tenemos motivos para regañar.
JOSÉ (Entrando.) Chachita .. ¡está lloviendo!
TODOS ¡Lloviendo!
FANNY (Riendo, á los Hettema.) He aquí un riego inesperado. Si lo hubiesen ustedes sabido á tiempo no se habrían tomado la molestia de regar.
HET. Lo mismo da, vecina. Yo riego por gusto. Si después viene la lluvia tanto mejor; la tierra se alegra más.

- FANNY ¡Ah, ustedes son unos verdaderos campesinos! (Señalando á Juan.) Pero éste... Ya habla de que nos marchemos por miedo al invierno.
- HET. ¿Por miedo al invierno? ¡Si es aquí la mejor estación del año! Vuelve uno de París calado, y se encuentra con un buen fuego, una buena luz, la mujer esperándole, la sopa humeante, y bajo la mesa un gran felpudo para calentarse los pies. Después de comer se sienta uno en su sillón, cerca de la chimenea, y saborea cómodamente el café, mientras los cristales se van cubriendo del vaho condensado por la helada... Y luego meterse en la templada cama, que reparte un calor igual por todo el cuerpo, produciendo una sensación indecible de bienestar...
- FANNY (A Juan.) ¿Ves como son felices? Se conoce que ninguno de los dos tiene celos retrospectivos.
- JUAN (A Fanny.) Lo creo sin dificultad. Monsieur Hettema es un filósofo. Yo no he llegado á serlo todavía. (Suena la campana de la puerta del jardín.)
- FANNY Llaman.
- DECH. (Desde el jardín.) ¡Eh! ¡Gaussin!
- JUAN (A Fanny.) Es Dechelette. (Aparecen Dechelette y Alicia, cubriéndose los dos con un gran «pardesus» inglés.)
- DECH. Nos ha sorprendido la lluvia en medio del bosque.
- JUAN Pasen ustedes.

ESCENA VII

DICHOS, DECHELETTE y ALICIA

- DECH. Sabía que vivían ustedes por estos sitios...
- FANNY Nos consideramos muy dichosos con poder ofrecerles asilo. (Saludando á Alicia.) ¡Señora!
- DECH. Alicia Doré, con la que he venido á dar un último adiós á los bosques de Marnes.

- JUAN Creí que se había usted marchado de París.
DECH. No; esta vez he prolongado mi estancia. (Mirando á Alicia.) Tenía pereza...
- FANNY Permitan ustedes que les presente á nuestros vecinos Mr. y Mme. Hettema. (A Alicia.) Un matrimonio.
- ALICIA (Turbada.) ¡Están casados! ¡Dios mío!
MAD. HET. }
HET. } ¡Caballero!... ¡Señora!
LEG. ¿Cómo lo pasan ustedes?
FANNY Mi padre. Este es nuestro ahijado José.
DECH. ¿El niño que han adoptado? Conozco la historia.
- JUAN ¿La historia?
DECH. Es muy hermoso lo que ha hecho usted, querida Fanny.
- FANNY (Interrumpiéndole con viveza.) Sí... sí... (A José.) Vete á jugar, hijo mío. ¡Pero vienen ustedes calados! (A Alicia.) Acérquese usted al fuego. (Echa un leño en la chimenea.)
- MAD. HET. Y á todo esto, ¿qué vamos á hacer mientras pasa el turbión?
- FRAN. Eso, ¿qué vamos á hacer? Ya he concluido yo de leer el periódico.
- MAD. HET. (Con timidez.) Un poco de música no vendría mal...
- TODOS ¡No! ¡Nada de música!
- MAD. HET. Entonces jugaremos á las prendas.
- FRAN. ¿No sería mejor que echásemos una partida de cané?
- FANNY Lo que quieran ustedes.
- MAD. HET. Se ahoga una dentro de las habitaciones.
- FANNY Vámonos entonces. Ven, papá.
- LEG. Primero tengo que coger mi látigo.
- FRAN. Voy á buscar las chapas.
- FANNY ¿Viene usted, Dechelette?
- DECH. No; prefiero calentarme á la chimenea. (Vanse alborotando.)

ESCENA VIII

JUAN, DECHELETTE y ALICIA. Los tres cerca de la chimenea

- DECH. ¿Tiene usted algún encargo que darme para Chateaufeuf? Dentro de dos días estaré allí. Antes de embarcarme quiero dar una vuelta por el país. Llevaré noticias de usted á sus tíos Cesáreo y Divonne. A menos que no prefiera usted acompañarme.
- JUAN No puedo. ¿Se marcha usted mañana?
- DECH. Debía haberme marchado hoy, pero he querido satisfacer el capricho de Alicia, que deseaba volver al restaurant donde comimos juntos por primera vez.
- JUAN Lo recuerdo... Hace tres meses.
- ALICIA El doce de Julio... un jueves... ¡Ah, qué día tan hermoso!
- JUAN A propósito, Dechelette, ¿y su famosa divisa: «nada de mañana»? Me parece que por esta vez...
- DECH. Nada de eso. Alicia y yo nos hemos entendido muy bien. Mañana montaré yo en el tren y ella volverá á su casa de la calle La Bruyere.
- ALICIA (Con tono sombrío.) Tercero con entresuelo.. ¡Lo más cómodo que puede haber para tirarse por la ventana! (se levanta y vasa con aire indiferente.)

ESCENA IX

JUAN y DECHELETTE

- JUAN (Siguiendo á Alicia con la mirada.) ¿Qué dice?
- DECH. No la haga usted caso... Palabras... como todas las mujeres. Quiere marcharse conmigo. ¿Qué le parece á usted? Con un ingeniero... trashumante... ¡El desierto, las fiebres, las noches de vivac! ¡Vaya una vida para ir en compañía de una mujer! Y además, que

esto sería contrario á mis principios. No quiero engolfarme, no quiero acabar como... De Potter.

JUAN (Notando la vacilación de su amigo al decir las últimas palabras.) Iba usted á decir: «no quiero acabar como usted».

DECH. El hecho es que está usted cogido por el cuello, y no podrá soltarse tan fácilmente.

JUAN Yo me libraré cuando quiera.

DECH. ¿Está usted seguro de ello?

JUAN Dentro de un año.

DECH. ¡Ah, sí, el consulado! El ascenso en su carrera. ¿Pero tendrá usted valor para partir solo?

JUAN Si me faltara, Fanny me lo infundiría.

DECH. Quizá tenga usted razón... Afortunadamente, Fanny no se parece á Rosa.

JUAN Verdad. Es una mujer de corazón. (Como asaltado de una idea súbita, y mirando fijamente á Dechelette.) Ya ve usted lo que ha hecho por el pobre José. Muerta la abuela, el padre...

DECH. Sí, el padre en la cárcel por dos años todavía.

JUAN ¿Flamant? ¡Estaba seguro de ello! (Llamando.) ¡Fanny! ¡Fanny!

FANNY (Desde dentro.) ¡Voy! (Entra sonriendo por la puerta del fondo.)

ESCENA X

DICHOS y FANNY

JUAN (Cogiendo violentamente á Fanny por los brazos.) ¡Y eres tú la que no habías mentido nunca? ¡Oh, cómo te has burlado de mí!

FANNY (Descompuesta.) Pero...

JUAN ¿Con que ese chiquillo que me has hecho adoptar, censurándome por no quererle, es hijo de ese hombre?

FANNY (Temblorosa y mirando á Dechelette.) Perdóname, Juan, no he podido negarme á la súplica de ese desgraciado... He querido muchas veces confesártelo, pero no me he atrevido... Te-

mía que le arrojases de casa... ¡Como estás tan celoso de Flamant!

JUAN (Sonriendo desdeñosamente.) ¡Yo celoso de ese miserable! ¡Vamos!

FANNY Juan, eso no está bien. Me habías prometido...

JUAN (Mirándola con fijeza.) ¡Sí! ¡Miserable! ¡Es un miserable!

FANNY (Exasperada.) Ese miserable lo ha sacrificado todo por mí, y tú en cambio...

JUAN ¿Tus sacrificios? (A Dechelette que hace ademán de marcharse.) No, quédese usted, quiero que sea usted testigo... (A Fanny.) ¿Qué es lo que has sacrificado tú por mí? ¿Tu posición? Sí... ¡era una posición tan envidiable! ¿Tu porvenir? ¡El porvenir de una Rosa como la de De Potter!

FANNY Te he dado mi vida.

JUAN Y me has hecho perder la mía. Hace dos años que me retienes alejado de todo lo que amo, de todo lo que respeto... Ni una sola vez he visto á los míos durante ese tiempo. Si les escribo me das un disgusto... Y algo peor todavía... el medio en que me has hecho vivir... Esta criada que procede de lo más abyecto y que es nuestra amiga... Esa Hetteima, esa mujer...

FANNY Casada legítimamente, querido.

JUAN Y la familia que querías darme á cambio de la que me has quitado. Ese padre... ese hijo... el hijo de un ladrón...

FANNY ¡Ah, el aristócrata!... Hablemos de tu familia, de tu tío Cesáreo, ese marido imbécil, de tu tía Divonne...

JUAN ¡Fanny, te prohibo!...

FANNY ¿Qué quieres? En las riberas del Ródano como en París, todas somos lo mismo.

JUAN ¡Qué vergüenza! Esto es demasiado. Me voy con usted, Dechelette, me voy con usted.

FANNY ¡Anda! ¡Ya lo ñas dicho muchas veces! ¡Vuelve á tu país de salvajes y no nos aburras más con tus mirtos y tus viñas!

JUAN Pierde cuidado, así lo haré. (Llamando.) ¡Francine! ¡Francine! ¡Mi maleta!

- FANNY En seguida, hijo mío, en seguida... Yo misma iré por ella. (sale precipitadamente.)
- JUAN (Tembloroso y á media voz, á Dechelette.) La misma escena de Rosa... ¿Se acuerda usted?
- DECH. Pero De Potter se quedó.
- JUAN (Con firmeza.) ¡Yo no soy un De Potter!
- FANNY (Vuelve arrastrando la maleta.) Toma, ahí tienes tu maleta. Tan antigua como el palacio de tus abuelos, bañado por el gran Ródano. ¡Oh, el Ródano! He oído hablar mucho de ese río...
- JUAN Puedes continuar tu charla... Yo no he de contestarte... (Se dirige al armario.)
- FANNY (Apartándole.) Deja... ¿Qué sabes tú dónde están las cosas? (Abre el armario y se detiene emocionada.) ¡Dios mío! ¿Es posible? Yo que había arreglado tan bien todo esto esta mañana... Quisiera ver el armario de Divonne al lado de éste... ¡Ya sé yo lo que son las mujeres del Mediodía! No saben más que hilar el cáñamo...
- JUAN ¡Es preciso acabar! (Coge del armario un lfo de camisas y lo echa violentamente en la maleta.)
- FANNY (Llorando.) ¡Oh, lo está revolviendo todo!... ¡Pues bien, sí, acabemos! (Va cogiendo á puñados las ropas y arrojándolas al suelo.) Toma... tus pañuelos... tus corbatas... Ahora te las pondrá Divonne... ¡Ah! cuando venías hecho una miel á decirme: «haz el favor, querida Fanny». Y yo, tonta de mí, á ponerle la corbata al señor, á molestarme...
- JUAN Tú quieres hacerme hablar; pero estoy dispuesto á no decir una palabra.
- DECH. (Aparte.) ¡Pobres muchachos!
- FANNY (Arrojándole el cofrecito donde guardaba las cartas.) Y esto también, llévatelo; ya no me sirve para nada... Tenía encerrada en él toda mi vida: mis recuerdos, mi juventud... Tú me has obligado á quemarlo, á destruirlo todo... ¡Qué arrepentida estoy de lo que he hecho! Todos valían más que tú, todos; hasta el mismo Flamant...
- JUAN (Furioso.) Bien, pues vé á buscarlo... (Tirando á un lado el cofrecillo.) Guarda eso para poner

sus cartas con el sello de la cárcel de Mazas... Yo me voy...

FANNY ¡Vete!... ¡No te detengol... (Fanny está de pie ante el armario vacío, abatida y desolada; Juan, arrojado, cierra y echa la llave de la maleta.)

ESCENA XI

DICHOS, LOS HETTEMA, ALICIA, FRANCINE, LEGRAND y JOSÉ

MAD. HET. (Compungida.) ¿Otro espectáculo?

DECH. Sí; pero me parece que ahora las cosas van de veras. (Juan y Fanny se miran airadamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Posesión de los Gaussin d'Armandy á orillas del Ródano. En lo más elevado, dominando el paisaje, la torre del antiguo castillo de Papes; á sus pies la aldea. Algo más abajo la casa de los Gaussin, medio señorial, medio rústica. Cañadas plantadas de viñas; bosques de pinos, de mirtos, de olivos, bajo un cielo riente y espléndido. La acción se desarrolla en el punto donde acaba la tierra cultivada y empieza el verdadero campo, una especie de glorieta con bancos rústicos. A la derecha, una fuente. Caminos y senderos en todas direcciones.

ESCENA PRIMERA

Entra CESÁREO enjugándose la frente y haciéndose aire con el sombrero

¿Qué hora será? Veamos el sol... Las cinco. Es la hora de tomar el *vermouth*. (Mira en todas direcciones para cerciorarse de que no le ve nadie; saca un vaso, lo coloca sobre el banco, y una botella.) Creo que aquí estaré bien. (Se sienta. Se oye á lo lejos la voz aguda de Divonne.)

DIV.

(Desde dentro.) ¡Cesáreo!

CES.

¡Demonio! ¡Mi mujer! ¡Bah! La casa está lejos y no puede verme. (Empieza á escanciar el «vermouth».)

DIV.

(Se oye su voz más próxima.) ¡Cesáreo!

CES.

Viene hacia aquí. (Esconde el vaso y la botella, y se levanta gritando.) ¡Voy, ángel mío!

- DIV. (Lejos aún.) ¿Dónde estás?
CES. En la fuente. Espérate, tesoro mío, ya voy.
DIV. (Más próxima.) ¿Está ahí Juan?
CES. No; está en el campo con Irene.
DIV. ¿De veras? ¿Con Irene?
CES. ¡Ay, Dios mío, ya está aquí! Pronto... (Coloca la botella dentro del agua, en la fuente.)

ESCENA II

CESÁREO y DIVONNE

- DIV. ¿Qué haces?
CES. Ya lo ves, Divonne mía; estoy descansando al fresco. He andado mucho. He ido á ver la viña, las nuevas plantaciones. Vamos á tener una buena cosecha. ¿Querías algo?
DIV. Darte el correo que acaba de llegar. Hay una carta para Juan.
CES. (Cogiendo las cartas.) ¿Y mis tarjetas?
DIV. ¿Qué tarjetas?
CES. Las que he encargado en Aviñón, con todos mis títulos. Vamos, aquí están... Ya comprendes la importancia que tiene, cuando uno viaja, poder presentar una tarjeta redactada en estos términos: (Con énfasis.) «Cesáreo Gaussin d'Armandy, Presidente de la Sociedad de Submersionistas del valle del Ródano, Miembro del Comité Central de estudio y vigilancia, Delegado departamental de la Liga vinícola, etc., etc.» (Enseña una tarjeta á Divonne.) Es elegante, ¿verdad? Y está muy bien litografiada.
DIV. Juan te lo podrá decir mejor que yo; soy poco entendida en estas cosas de escritura.
CES. Cuando pienso que esta idea de la submersión, que me ha valido tantos honores, es exclusivamente tuya... A tí es á quien debían nombrar presidente, á tí á quien...
DIV. ¡Calla, simplón! (Cesáreo se enjuga las lágrimas.) De esas cosas no debe hablarse... (Cambiando de tono.) A ver si aciertas á quién he visto hacer poco, al salir de casa...

- CES. No sé...
- DIV. A Dechelette.
- CES. ¿El ingeniero?
- DIV. El mismo.
- CES. ¿Y cómo no ha venido á vernos? ¡Es extraño!
- DIV. No sé lo que le pasa... Me ha saludado desde lejos, sin detenerse. ¡Y tenía una cara de tristeza, de abatimiento!... Otro más á quien no le sientan bien los aires de París.
- CES. ¿Crees de veras que los aires de París no son saludables?
- DIV. Mira lo cambiado que ha venido nuestro chico. No parece el mismo. Siempre tan triste, tan preocupado... Estoy segura de que le ha ocurrido alguna desgracia allá en París: ¿Por qué ha llegado tan de improviso, cuando nadie le esperaba, como si viniese huyendo? Vamos á ver, ¿tú sabes lo que le ha pasado? Dímelo... (Cesáreo guiña los ojos.) Alguna mala mujer, ¿eh?
- CES. Pues bien, sí, lo has adivinado. Hace dos años que estaba en amores con una mujer; pero han roto las relaciones, y todo ha concluido.
- DIV. ¿Lo crees así?
- CES. Estoy seguro. Ella le escribe diariamente. (Sacando una carta del paquete del correo.) Mira, esta carta es suya. Pero él no abre ninguna, y me las entrega á mí todas para que las lea...
- DIV. ¿A tí? ¡Oh, Dios mío!
- CES. A mí. ¿Qué mal hay en ello? Yo estoy ya curtido. ¡He conocido tantas de estas si-renas!...
- DIV. Bueno, bueno: guárdate tus historias.
- CES. Pero esta chica no se parece á las demás... Después de marcharse Juan se ha puesto á trabajar. ¡Eso es hermoso!
- DIV. ¿Y qué encuentras de hermoso en eso? Todos tenemos que trabajar para vivir.
- CES. Esta clase de personas, no.
- DIV. ¡Cómo! ¿Era una de esas con la que nuestro Juan vivía?

- CES. Te diré... Antes de conocerle había coqueado un poco... Pero el amor la ha rehabilitado.
- DIV. No me caben ciertas cosas en la cabeza. Unicamente te diré «que la desgracia dura más que quien la trae», como dicen en nuestro país. Si es verdad lo que me has contado, si Juan ha sacado á esa mujer del lodo, es posible que la haya hecho mejor y más honrada, pero sabe Dios si Juan no se habrá contagiado... ¡Ah, París! ¡Lo que se le da y lo que nos devuelve!
- CES. No te preocupes... Juan es un joven valeroso, y hará lo que su tío Cesáreo. Buscará una Divonne para volver al buen camino... Y creo que está á punto de encontrarla. (Señalando á Juan é Irene, que vienen hablando alegremente.)
- DIV. ¿De veras? ¿Crees tú?...

ESCENA III

DICHOS, IRENE y JUAN

- IRENE ¡Calla! ¡Están ustedes aquí!.. Nosotros venimos de recorrer las lagunas. Hemos dado un paseo de dos horas.
- JUAN ¡Ah, querida tía Divonne, qué bueno es esto!... ¡Qué bien se respira aquí! Todo es azul... Esta luz, estas auras refrigerantes... ¡Qué diferencia del cielo brumoso de allá!... Hacía mucho tiempo que no era tan dichoso...
- DIV. (Con alegría.) ¿De veras?
- CES. (Aparte, y señalando á Irene que se remoja las mejillas en el agua de la fuente.) ¡Adiós, mi vermouthe! ¡Va á ver la botella!
- IRENE Me voy á casa.
- JUAN ¿Tan pronto? ¡Se está tan bien aquí!
- IRENE ¿Pero no ves cómo me ha desgreadado el viento? ¡Parezco una tarasca!
- JUAN (Riendo.) ¡No lo había reparado!

- IRENE Espérenme ustedes aquí... Vuelvo en seguida.
- DIV. Me voy contigo.
- IRENE (Aparte, á Divonne.) Madrina, ¿no ha visto usted? Hay una botella en la fuente.
- DIV. Sí, sí, la he visto; pero hago como que no me entero de nada. Para conservar el bien que se posee, hija mía, es preciso ser tolerante. (Vanse las dos cogidas del brazo.)

ESCENA IV

JUAN y CESÁREO

- JUAN (Siguiendo á Irene con la mirada.) ¡Limpidez... dulzura... luz...! Olvidemos el pasado y pensemos solo en el porvenir.
- CES. (Volviendo de la fuente con la botella y el vaso.) ¿Quieres una copa de *vermouth*?
- JUAN Gracias.
- CES. Tu pobre tía cree que el café es un lugar de perdición... Y yo no puedo pasarme sin mi *vermouth*. (Transición.) ¿Cómo va ese valor? Parece que vas cobrando ánimos...
- JUAN Efectivamente, me siento más tranquilo, más fuerte... Cuando pienso en la vida que llevaba, las miserias y las bajezas que constituían aquella pasión, me parece que he salido de una enfermedad peligrosa...
- CES. Todo eso se debe á mi prohibición de que leas las cartas de esa mujer. ¡Qué buena idea tuve!
- JUAN ¡Ah, sí! Aquellos llamamientos desgarradores, «¡ven! ¡ven!» me laceraban el alma... Una vez me envió una flor, la última de nuestro jardín de allá, donde á estas horas todo debe de haber muerto. Pero lo más terrible fué en París, mientras esperaba á Dechelette, que no concluía de decidirse á partir, y que acabó por dejarme venir solo.
- CES. A propósito; ha llegado esta mañana... De seguro vendrá á vernos.
- JUAN (Distraído y continuando su relato.) Fanny sabía

que yo estaba en el hotel, y todos los días iba á verme. Yo la oía suspirar delante de mi puerta: «¡Juan, abre!» ¡Cómo me conmovía aquella voz triste y angustiada! Después lanzaba un último suspiro y bajaba lentamente la escalera, esperando que yo la llamase. Yo lloraba también como ella, pero no me decidía á abrir la puerta, temiendo volver á las andadas.

CES. En fin, eso concluyó. Ya estás libre... Ella ha abandonado á otros, y tú la has abandonado. Esa es la vida.

JUAN Gracias á usted, tío; servicios de ese género no se pagan nunca.

CES. ¡Bah, déjate de tonterías! Eso no vale nada... Ya sabes que en las comedias antiguas hay siempre un tío que paga el rescate de su pariente cautivo.

JUAN Temo, sin embargo, que no se dé por vencida. No es una mujer como las demás. El dinero no la ilusiona. Quizá conteste en esa carta recibida hoy.

CES. Es posible. Hace tres días que le envié los fondos. Mira, dirá lo que quiera, pero ya verás cómo no devuelve el dinero. ¡Oh, las conozco bien! (Interrumpiéndose al ver á Dechelette por el fondo.) ¡Pardiez! Tenía la seguridad de que vendría. (Dechelette se aproxima á ellos pálido, triste, demudado.)

ESCENA V

JUAN, CESÁREO y DECHELETTE

CES. ¡Bien venido, señor Dechelette! ¿Qué tal por allá, por aquel París encantador, con sus boulevares y sus muchachas?... (Se interrumpe al notar la palidez y la tristeza de Dechelette.)

DECH. (saludando.) Buenas tardes, amigos míos.

JUAN ¿Qué le sucede á usted? ¡Oh, le encuentro muy cambiado!

DECH. ¿Yo? No... no me sucede nada.

JUAN Quizá el disgusto de haber abandonado...

Lo comprendo... Son muy tristes estas separaciones.

DECH.

¡Ah, sí, Alicia! Era muy simpática, ¿verdad? muy dulce, muy amable... me decía, con su tono apacible: «¡Llévame, no me dejes sola... ya no podré vivir sin tí!» Pero nosotros tenemos carácter, no se nos encadena fácilmente.

CES.

¡Pardiez! (Señalando á Juan.) No me admira nada después de lo que ha hecho éste.

JUAN

Es una cosa terrible... ¿Cómo se las ha arreglado usted?

DECH.

Muy sencillamente. No he hecho más, si no seguir la línea de conducta que me había trazado de antemano. La víspera de mi partida, le hice un buen obsequio en metálico y la llevé al teatro. Parecía estar contenta. Después la acompañé hasta su casa, á la calle La Bruyere. Los dos íbamos tristes y silenciosos. Nos despedimos en la escalera, dándonos las manos, como dos buenos amigos. Yo no quería entrar en su habitación, por miedo de no salir. Al bajar, con el corazón algo oprimido, la oí gritar: «¡Más deprisa que tú!...» Estaba lejos de pensar que abajo, en la calle, sobre el empedrado...

JUAN

¿Cómo sobre el empedrado?... ¿Acaso?...

DECH.

Se había arrojado por la ventana, cumpliendo así la promesa que formuló delante de usted. Murió sin decir palabra, sin lanzar un gemido, mirándome con la inmóvil fijeza de sus pupilas de oro... Aún conservaba el rostro su expresión dulce y bondadosa... Pero al inclinarme para limpiarle la sangre que salía siempre, inagotable, de su cabeza, me pareció que su mirada adquiriría, de pronto, una expresión terrible. Y no puedo olvidar esa mirada... ¡Sí, yo soy quien la ha matado! Ningún trabajo me costaba haber permanecido algún tiempo más con ella, ó llevármela conmigo, como me rogaba... Pero se oponía á ello mi orgullo, la necia vanidad de cumplir una palabra sin valor alguno... No quise ceder y la he matado... ¡Yo...

que la amaba! (Brusca transición.) Vaya, ¿dónde está Divonne?.. Me marchó mañana y no quiero irme sin verla.

CES. Vamos todos juntos; debe estar en la casa.
DECH. No... no... gracias. Me he afectado mucho contándoles esta triste historia... Quiero pasar un rato solo... Perdónenme ustedes. (se va muy abatido.)

JUAN ¡Oh, estas separaciones!... ¿Luego es verdad que hay mujeres capaces de matarse por amor?

ESCENA VI

CESAREO y JUAN

CES. ¡Vamos, vamos! no vayas ahora á preocuparte con esas historias... Si todas las mujeres de esa clase se quitasen de en medio cuando se las deja, no quedaría ya una para un remedio. Yo creo que la crisis toca á su fin... Hay en sus cartas más resignación, más conformidad... Vamos á ver lo que dice en ésta. (saca una carta del bolsillo.)

JUAN ¡Oh, no quiero leerla!

CES. Descuida... La leeré yo sólo. (Rompe el sobre y empieza á leer.) ¡Demonio!

JUAN ¿Qué sucede?

CES. ¡No he visto cosa igual!

JUAN Pero...

CES. ¡Vaya una frescura!

JUAN Pero, hable usted.

CES. ¡Que viene! (Leyendo.) «Salgo de París esta noche...» es decir, anoche. El coche de Avignon llega á las cinco. Safo debe de estar ya aquí.

JUAN (Emocionado.) ¡No quiero verla!... ¡No quiero verla!

CES. Descuida... Yo iré y hablaré con ella.

JUAN Sí... sí... se lo suplico á usted, tío.

CES. Confía en mí... Yo te prometo que la haré marchar en seguida. (Vase por la derecha.)

ESCENA VII

JUAN, sólo

Ya sabía yo que mandarle dinero sería contraproducente. (Pausa.) ¡Pobre muchacha! ¡Hacer un viaje tan largo, para marcharse sin verme! Es una crueldad. (Hace ademán de marcharse, pero vacila y retrocede.) Si voy, ¿estoy seguro de volver? Llorara, suplicará... ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Se deja caer abatido sobre un banco.)

ESCENA VIII

JUAN é IRENE

IRENE (Aproximándose sin hacer ruido.) ¿Qué tienes, Juan?

JUAN (Aparte.) ¡Irene! (Alto.) Nada... nada...

IRENE Mirame... pero no de esa manera. Parece que tus ojos me acusan.

JUAN ¿Que mis ojos te acusan? ¡Pobre niña! ¡Cuando sólo estoy bien á tu lado y sólo tu presencia calma las angustias de mi corazón!

IRENE ¿Luego confiesas que sufres? Lo había adivinado desde que llegaste. Dime, ¿qué es lo que tienes, Juan?

JUAN ¡Oh, no! A tí, no...

IRENE ¿No soy tu amiga desde hace mucho tiempo, desde el día que tuve conciencia de mi ser? ¿No te quiero como á un hermano?

JUAN ¡Como á un hermano!

IRENE Si yo tuviera algún pesar te lo confiaría... ¿Por qué no has de hacer tú lo mismo?

JUAN Pues bien, oye... El mal que yo sufro, es el mal de las almas débiles: una vergonzosa piedad que las paraliza... ¡Pero no, no puedo decirte nada, no me preguntes nada!... Déjame que estreche tu mano entre las mías. (Le coge una mano.) Me parece que toda

la dicha de mi vida, está aquí, encerrada en tu manita...

IRENE Pues entonces sujétala fuerte para que no te se escape.

JUAN ¿Para siempre, Irene?

IRENE Para siempre, si así lo quieres.

JUAN ¿Me amas?

IRENE Sí... Y no hace mucho que lo sé... Desde esta mañana, nada más... Pensando en tí, he dicho en alta voz, sin darme cuenta de lo que decía: «¡Le amo... le amo!» Así es como he conocido el estado de mi alma...

ESCENA IX

JUAN, IRENE, CESÁREO que entra muy agitado

CES. ¡Juan! (Reparando en Irene.) ¡Ah! ¿Estabas tú aquí? Vê corriendo... Divonne te espera...

IRENE ¿Qué sucede?

CES. Hay gente allá arriba... Dechelette...

IRENE ¡Ah! ¿Ha venido?

CES. (Impaciente.) Anda de prisa. (Vase Irene, después de dirigir á Juan una tierna mirada.)

ESCENA X

JUAN y CESÁREO

CES. (Limpiándose los ojos.) ¡Ay, querido mío!

JUAN ¿La ha visto usted?

CES. Ya lo creo que la he visto; todavía estoy llorando... ¡Qué mujer!

JUAN ¿Cómo?

CES. Todo ha concluido... Únicamente desea hablarte.

JUAN ¿Hablarne? ¡No! ¡No!

CES. Un momento... No he podido negárselo. .

JUAN (Con resolución.) Bien. ¿Dónde está?

CES. Viene por los viñedos.

JUAN ¿Aquí? Pero, ¿no ha pensado usted?...

CES. Déjame... Sé lo que hago. En cualquier

otra parte os verían. Aquí no. Tu tía é Irene están entretenidas hablando con Dechelette. Yo voy á reunirme con ellos y á impedir que os sorprendan. Ahí viene... Te dejo... ¿Estás seguro de tí mismo? Nada de debilidades, nada de contemplaciones.

JUAN No tema usted.. Hace un instante tenía miedo; pero ahora me siento fuerte.

CES. Más fuerte que yo, de seguro. (Vase con dirección á la casa.)

ESCENA XI

JUAN y FANNY

(Fanny avanza lentamente, mirando á un lado y á otro, y al ver á Juan corre hacia él, en actitud de abrazarle, pero se detiene al llegar á su lado, y ambos se miran un instante en silencio.)

FANNY Perdóname si he venido, Juan... No se separan dos personas sin decirse siquiera adiós... Además, me apenaba mucho el pensar que te habías marchado incomodado conmigo...

JUAN ¿Incomodado? No... Un tiempo fuimos dichosos... No me acuerdo más que de eso.

FANNY ¡Qué bueno eres! ¡Temía venir!... ¿Me permites que descanse un poco? (Va á sentarse en el banco que antes ocupaba Irene.)

JUAN No, ahí no. (Con dulzura.) Aquí estará usted mejor. (La lleva á otro banco.)

FANNY ¿Me hablas de usted? (Se sienta.) Estoy aplañada, ya lo ves. He llorado y he sufrido tanto desde que me dejaste que no sé cómo vivo... Debes encontrarme muy cambiada, muy envejecida... ¡Ha sido una separación tan brusca, tan terrible, tan inesperada, después de tanto tiempo como llevábamos de vivir juntos!...

JUAN ¿Sigue usted habitando en Ville d'Abbay?

FANNY ¿A dónde querías que fuera? Continúo allí como hubiera continuado después de haber ocurrido una muerte ó un incendio, llorando, esperando, sin saber qué hacer...

- JUAN ¿Y su padre de usted?
FANNY Se marchó... Los Hettema no han vuelto...
Estoy sola...
- JUAN ¿Y el niño?
FANNY Lo tengo conmigo... Le odio, porque ha sido
causa de todo...
- JUAN Debe usted volver á París... En Ville d'Ab ray
será muy triste el invierno.
- FANNY ¡Oh, no! ¡déjame que permanezca allí, donde
por todas partes me salen al paso tus recuer-
dos! Es mejor que me quede en Ville
d'Avray. Pero te voy á suplicar una cosa.
¡Si tú quisieras ir á verme de vez en cuando
para acostumbrarme á la idea de la separa-
ción! ¿Vendrás? Estaremos allí solos. Es una
obra de caridad la que te pido... Un lugar
en tu corazón por un poco de tiempo... ¿Te
acuerdas cuando me subiste en brazos por
la escalera de tu casa? ¿Te acuerdas?
- JUAN Sí; me acuerdo... Pero lo que me propones
es imposible.
- FANNY ¿Por qué?
JUAN Porque si fuese una vez... me quedaría con-
tigo para siempre.
- FANNY ¿Crees eso?
JUAN ¿No has tenido bastante, ¡desgraciada! con
las torturas de nuestra vida anterior? ¿Quie-
res volver de nuevo á esa existencia de sos-
pechas, de rencillas, de vergüenzas? ¿No
comprendes que no nos queda ya más re-
curso que sufrir el uno por el otro?
- FANNY ¡Pero yo no te he hecho nada!... Desde el
día que te conocí te he sido fiel... ¡Solo tuya!
- JUAN ¿Y el pasado?
FANNY ¡Ese maldito pasado!... Tienes razón para
echármelo en cara; pero ¿á qué recordarlo?
- JUAN Es cierto... nuestra desgracia consiste en
habernos encontrado tarde.
- FANNY El tiempo todo lo borra.
JUAN Sí, entre los Hettema, los brutos acoplados,
para los que el amor significa muy poco.
¡El olvido! Eso se queda para los que han
perdido el pudor y tienen el vicio inyecta-
do en lá sangre. ¿Qué porvenir nos espera-

ba á nosotros?... ¿Quieres convertir nuestra común existencia en una batalla sin tregua, en una lucha eterna?

FANNY ¡Ah, no me asusta nada! ¡Sufrir contigo y por tí constituiría toda mi dicha!

JUAN (Con frialdad.) Hay, además, otra razón más poderosa para separarnos. Yo volveré á París, pero sólo por algunos días... He sido destinado antes de lo que esperaba...

FANNY ¿Vas á partir?

JUAN Sí, un compañero ha caído enfermo y deja su plaza, que me corresponde por turno...

FANNY ¡Basta! ¡No mientas más! La verdad es que te casas. Hace mucho tiempo que tu familia se ocupa en arreglar tu matrimonio. Lo sé. Han tenido miedo de que yo te recobre, de que te impida ir á coger el tifus ó la fiebre amarilla allá por esas tierras de salvajes. En fin, ya estarán contentos. Supongo que la novia será de tu agrado... Has venido á hacer el amor á tu prometida, ¿no es eso? ¡Ah! (Con risa de amargura.) ¡cómo me divierte el cuento de tu viaje! ¡Embustero!

JUAN ¡Injúriame! Mejor te quiero así, eres menos peligrosa.

FANNY (Arrodillándose ante él.) ¡No, no, dueño mío, perdóname!... Estoy loca de tanto sufrir... No sé lo que me digo... ¿Verdad que no te vas? ¿Verdad que no me rechazas?

JUAN (Quiere levantarse, pero Fanny le obliga á permanecer sentado, y se acerca á él acariciándole.) ¡Déjame! ¡Hemos concluído!

FANNY ¡No... no digas eso! ¡Espera! ¿Crees que se encuentra dos veces en la vida una mujer como yo? Te irás, te casarás, pero más tarde... Tienes tiempo de sobra. Eres joven; yo, dentro de poco, estaré acabada, muerta. Y entonces la separación se impondrá como un hecho natural. ¡Pero de aquí á entonces!... ¿Qué son dos años para tí? Acuérdate de lo felices que hemos sido... Y todavía si tú quisieras... ¡Oh, Dios mío; todo esto que nos pasa me parece un mal sueño!

JUAN ¡Calla, calla!... Me haces mucho daño...

FANNY ¡Ten piedad de mí! Te amo... no quiero á nadie más que á tí en el mundo... ¡Amor mío, vida mía, no me abandones! ¿Qué va á ser de esta pobre criatura, que ha reposado tanto tiempo sobre tu corazón, si la dejas? No te pido amor, sino un poco de piedad...

JUAN Vamos... es preciso... sé razonable...

FANNY ¡Ah, cómo me habla!... ¡Qué duro es de corazón! ¡No me ama! ¡Qué sombrío, qué negro lo veo todo á mi alrededor! ¡Estoy perdida, perdida!... ¡Socorro! ¡Socorro! (se deja caer en tierra desfallecida. De vez en cuando lanza gritos de terror. Es casi de noche.)

ESCENA XII

FANNY, JUAN, CESÁREO y DECHELETTE

(Cesáreo avanza casi á tientas seguido de Dechelette.)

CES. ¡Juan! ¡Juan!

JUAN ¡Llévensela ustedes! ¡No puedo más!

DECH. (Inclinándose hacia Fanny.) Levántese usted, hija mía... ¡Vamos, cójase usted de mi brazo...

FANNY (Muy agitada y suspirando.) ¡Lléveme usted lejos... muy lejos!... ¡Oh! ¡Oh! ¡Juan! ¡Juan de mi vida!... (Mientras que Dechelette se la lleva, Juan solloza en brazos de Cesáreo.)

FIN DEL ACTO TERCERO



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto segundo. Los muebles en desorden: varios paquetes sobre las sillas y la mesa. El armario abierto y vacío. A través de los cristales se divisan los árboles desnudos de hojas y cubiertos de nieve. Fanny, en traje de viaje, va de un lado para otro, arreglando los objetos que hay esparcidos por la habitación. Madame Hettema sentada en el diván. Francine bariendo la gradería.

ESCENA PRIMERA

FANNY, MADAME HETTEMA y FRANCINE

FANNY (Colocando encima de las maletas el saco de viaje.)
Todo está listo. (Llamando.) ¡Francine!

FRAN. ¡Señora!

FANNY Fíjate bien. Los pocos muebles que quedan, la cama, el diván, la mesa, van en pequeña velocidad.

FRAN. Bien, señora. ¿Y las maletas?

FANNY Las llevaremos á mano. Avisa al mozo. ¿Y el cartel?

FRAN. Lo he puesto esta mañana. Pero con este tiempo, ¿quién quiere usted que pase por estos andurriales? (Sale cerrando la puerta.)

ESCENA II

FANNY y MADAME HETTEMA

MAD. HET. De modo que es cosa decidida. ¿Se marcha usted?

FANNY Sí; me marcho.

MAD. HET. No necesito preguntarle dónde. Monsieur Gaussin le ha escrito y supongo que irá usted á reunirse con él.

FANNY No, por cierto. Aquello acabó. No se acuerda de mí... ¡Qué quiere usted, los hombres son así! Se rebelan contra la esclavitud... El sigue su camino y yo no tengo el derecho de estorbarle.

MAD. HET. (Levantándose y cruzando los brazos.) En verdad es usted una extraña criatura. Cada día se nos presenta bajo un nuevo aspecto. Regresa usted desesperada de su último viaje al Mediodía. ¡Cuánto trabajo me costó volverla á la razón! ¿Se acuerda usted de la escena del suicidio? José fué á buscarnos á media noche, demandando nuestro auxilio, porque quería usted matarse. Si no acudimos pronto los periódicos hubieran tenido una noticia más para su sección de *sucesos*. Hoy otra novedad: se acabó el llanto y se marcha usted sin dejar siquiera las señas de su nueva casa á sus buenos vecinos.

FANNY Tiene usted razón... Soy una criatura extraña. Yo misma no me conozco. Voy sin saber á dónde, arrastrada por las circunstancias... Esa es la historia de mi vida.

MAD. HET. Sí; se deja usted llevar por sus pasiones... Pero eso es preciso que terminé. Las aventuras novelescas son para cierta edad. Después hay que renunciar á ellas. Yo, en su caso, me jubilaría. (Transición.) ¿Por qué no se casa usted?

FANNY ¡Casarme!

MAD. HET. ¿Por qué no? Vea usted lo que me ha ocu-

rrido á mí. Supongo que no creerá que mi marido...

FANNY Lo ignora todo.

MAD. HET. Al contrario: *lo sabe todo*. Pero tiene el *tacto* de no acordarse de nada.

FANNY Pero yo no olvidaré nunca... Siempre me acordaré de lo que he sido.

MAD. HET. ¡Vaya, vaya, querida! Una de las condiciones más preciosas de la mujer es su carencia absoluta de memoria. Nosotras debemos vivir en el presente, sin acordarnos del pasado ni preocuparnos del porvenir. El matrimonio es una esponja que lo borra todo. ¡Ya me ve usted á mí!

ESCENA III

FANNY, MADAME HETTEMA, FRANCINE

FRAN. (Gimoteando.) Señora, el mozo de la estación vendrá dentro de media hora.

FANNY ¿Qué te sucede, muchacha?

FRAN. ¡Es tan triste perder un ama tan buena como usted! Desde esta mañana no hago más que llorar.

FANNY No te aflijas, mujer. La cosa no es para tanto. No te faltará colocación. Ya te he recomendado á madame Hettema.

MAD. HET. Sí, pero ya le he dicho que mi marido es muy intransigente en lo tocante á la moralidad. En fin, ya hablaremos. (A Fanny.) Adiós, pues, mujer misteriosa. Supongo que no tendrá usted á menos darnos noticias tuyas de vez en cuándo. (Fanny sonríe.) Había llegado á tomarla á usted cariño, y he de echarla mucho de menos. No así monsieur Hettema, tan amante de la tranquilidad, y á quien las escenas pasadas le han hecho perder su buen humor. En fin, adiós, adiós. (Se va tarareando.)
«Nuestro bajel abandona estas playas...»
(Fanny entra en la alcoba.)

ESCENA IV

FRANCINE, sola

¡Los Hettema! ¿Me convendrá irme con ellos? Con su moralidad, que me hace reir, me son muy antipáticos. (Se adelanta hacia la puerta, escuchando.) ¡Calla, alguno se ha detenido á leer el cartel! (Riéndose.) Pase usted, caballero, es una habitación muy comfortable... sobre todo en este tiempo. ¡Ah! Entra... se decide. (Da un grito.) Juraría que... ¿Será posible?

ESCENA V

JUAN, FRANCINE. Entra Juan manifestando en su actitud gran ansiedad

JUAN ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está? Habla.
FRAN (Corre á la puerta de la alcoba y grita:) ¡Señora!
FANNY (Desde dentro.) ¿Qué?
FRAN. ¡El señor!
FANNY (Dentro.) ¿Qué señor?

ESCENA VI

FANNY, JUAN, FRANCINE. Sale Fanny en traje de viaje, con el abrigo al brazo. Al ver á Juan lanza una exclamación de asombro

FANNY ¡Cómo! ¿Usted? (Francine se retira.)
JUAN ¡Ah, qué susto he pasado! El cartel... la casa abierta.. Temía que hubiese ocurrido una desgracia.
FANNY ¿Una desgracia?
JUAN Sí... no se borraba de mi imaginación el recuerdo de Alicia, reventada en medio de la calle. Pero celebro que no hayas tomado las cosas tan en trágico.
FANNY Te equivocas... He querido morir... pero no

me dejaron... me detuvieron... Acaso me temblaba la mano. ¡Oh, esa Alicia! ¿Cómo tuvo tanto valor?...

JUAN ¿Y te marchas? Deshaces la casa...

FANNY Sí, me había dicho usted...

JUAN Ahora eres tú la que me tratas de usted.

FANNY Me dijiste que estaría aquí demasiado sola. Que el invierno y el frío...

JUAN ¿No tienes ya al niño?

FANNY No: han venido á llevárselo.

JUAN ¿Quién?

FANNY Su padre.

JUAN ¡Ah! De modo que ha salido...

FANNY Le han indultado. Creí que lo sabías.

JUAN ¿Yo? No me ocupo para nada de ese hombre. (Pausa.) Claro, y al verse en libertad ha venido á buscarte y se ha llevado á su hijo.

¿A dónde van?

FANNY A su país, á Morvan.

JUAN Y tú vas á unirte con ellos. ¡Buen chasco! Yo, que lo he abandonado todo, que venía con el corazón oprimido, temiendo encontrarte muerta... Vamos, con franqueza, ¿cuándo ha venido á buscar á su hijo?

Ayer.

FANNY ¿Y cuándo se ha marchado?

JUAN Esta mañana. Estaba nevando... Ha pasado la noche en esa silla...

JUAN ¡Mientes! No ha pasado ahí la noche... La ha pasado allí, en tu alcoba.

FANNY Te juro que no, Juan. Y aunque así hubiera sido, ¿sabía yo acaso que ibas á venir? Te he suplicado, te he llorado inútilmente... Ya había perdido la esperanza de que volverías. ¿Qué iba á hacer?

JUAN (Colérico.) ¡Te ha parecido preferible el amor del presidio! ¡Ah, miserable! (Levanta la mano en actitud amenazadora.)

FANNY (Abrazándole gozosa.) ¡Dueño mío! ¡Dueño mío! Me amas todavía, sí, me amas, no puedes ocultarlo. Has venido impulsado por un movimiento de compasión, pero en tus ojos no se lee la piedad, sino el amor... ¡Te adoro! (Permanecen abrazados unos momentos.)

- JUAN (Separándose de los brazos de Fanny.) Y ahora... Está decidido. Hay una vacante de cónsul en el Brasil. Voy á pedirla y te vendrás conmigo. Nos marcharemos antes de ocho días. No hay para qué deshacer las maletas.
- FANNY ¿Y tu casamiento?
- JUAN ¡Calla! Demasiado sabes que aunque me casase no podría renunciar á tí. Y luego, para hacer un casamiento á lo De Potter... Por bajo que haya caído, no he descendido tanto. Además, ¿para qué me iba á casar? Contigo he agotado todos los goces, todas las alegrías que puede ofrecer la vida.
- FANNY ¡Dueño mío! (Liando un cigarrillo.) ¿Está muy lejos el Brasil?
- JUAN Muy lejos... En la América meridional. ¿Vacilas?
- FANNY ¿Por qué lo preguntas?
- JUAN Porque te veo encender un cigarro. Siempre que tumas preparas alguna sorpresa.
- FANNY (Tira el cigarro.) No... pienso únicamente en ese desgraciado que me espera.
- JUAN ¿En dónde está?
- FANNY En París... Debíamos habernos ido juntos...
- JUAN Hay que escribirle diciéndole que no puedes ir, que has cambiado de parecer. (Apretando los dientes con rabia.) Y si eso no le satisface...
- FANNY ¡Oh, no es hombre temible! ¡Figúrate!... se ha pasado la noche llorando.
- JUAN Escribe y envía la carta al correo. (Se sienta al lado de la chimenea.)
- FANNY ¿Tienes frío? Avivaré el fuego. Acércate, amigo mío.
- JUAN (Tiritando.) ¡Qué bien se está al amor de la lumbre! Una noche de tren, y tantas emociones, me han rendido de fatiga.
- FANNY Debes descansar un poco.
- JUAN No... no... escribe la carta.
- FANNY Bueno, pues acuéstate en el diván; es el tuyo, ¿lo recuerdas? (Aproxima el diván á la chimenea y obliga á Juan á acostarse.) Así estarás más cómodo.
- JUAN (Recostándose.) No te vayas... Pon un momen-

to tu mano sobre mi cabeza... ¡Ah, qué cobarde soy! (A media voz y dormitando.) La carta...

FANNY

Si, en seguida... Duerme... duerme... (Cuando ve á Juan dormido se levanta, lia un cigarrillo y fuma, muy pensativa, mientras se calienta los pies en la chimenea. Después, se vuelve bruscamente y tira el cigarrillo.) ¡Pues bien, no, no me voy! Es una locura demasiado grande y no me siento con fuerzas para llevarla á cabo. (Se pone á escribir resueltamente, leyendo á media voz lo que va escribiendo.) «Amigo mío, para aceptar la aventura que me propones, es preciso la juventud, que ya no tengo, ó la ceguera de una pasión, que no sentimos ninguno de los dos. Hace pocos días una sola palabra tuya habría bastado para seguirte al fin del mundo. (Mirándole.) Porque te he amado con delirio y he sufrido lo que nunca sufrí por ningún hombre para no separarme de tí. Pero hoy no puedo.»

JUAN

(Soñando.) Fanny... la carta... Flamant.

F'ANNY

(Sigue escribiendo.) «No vayas á creer que no te sigo por causa de ese desventurado. Para él, como para tí, como para todos, esto se acabó... Mi corazón ha muerto. Renuncia á nuevas locuras... No trates de volver á verme. No lo conseguirías... He tomado mis precauciones... Ya eres libre... ¡Que seas muy feliz! Vuelve al lado de tu familia y cástate... No oirás nunca hablar más de mí... ¡Adiós!» (Deja la carta en sitio muy visible. En este momento entra Francine seguida de un mozo.)

ESCENA ULTIMA

JUAN dormido, FANNY, FRANCINE y UN MOZO

FANNY

(De pie, señalando á Juan.) ¡Chist! (Duda un instante, después señalando á las maletas, se dirige al mozo.) Lleven ustedes todo eso. (El mozo, ayudado por Francine, carga con las maletas y los paquetes y vase seguido de Francine. Fanny se pone el abri-

go y el sombrero. Después coge la carta y escribe en ella una posdata. «¡Un beso, el último, dueño mío!» (Mira por última vez á Juan, y sale precipitadamente, cerrando la puerta tras de sí, y se la ve á través de los cristales perderse entre la nieve, mientras baja lentamente el telón.)

FIN DE LA COMEDIA





...the only one of its kind in the
...of the
... ..

... ..

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: DOS pesetas